



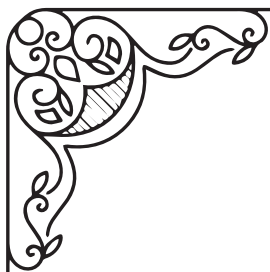
.

TU REVIENS

.



The first part of the paper discusses the importance of understanding the underlying structure of the data. This is particularly relevant in the context of machine learning, where the ability to identify patterns and relationships in the data is crucial for making accurate predictions. The second part of the paper focuses on the development of a new algorithm for solving the problem of finding the minimum variance unbiased estimator (MVUE) for the parameters of a normal distribution. This algorithm is based on the use of the Fisher information matrix and the Rao-Blackwell theorem. The third part of the paper discusses the application of this algorithm to the problem of finding the MVUE for the variance of a normal distribution. The fourth part of the paper discusses the application of this algorithm to the problem of finding the MVUE for the mean of a normal distribution. The fifth part of the paper discusses the application of this algorithm to the problem of finding the MVUE for the standard deviation of a normal distribution. The sixth part of the paper discusses the application of this algorithm to the problem of finding the MVUE for the correlation coefficient of a bivariate normal distribution. The seventh part of the paper discusses the application of this algorithm to the problem of finding the MVUE for the regression coefficient of a bivariate normal distribution. The eighth part of the paper discusses the application of this algorithm to the problem of finding the MVUE for the intercept of a bivariate normal distribution. The ninth part of the paper discusses the application of this algorithm to the problem of finding the MVUE for the slope of a bivariate normal distribution. The tenth part of the paper discusses the application of this algorithm to the problem of finding the MVUE for the intercept of a bivariate normal distribution.



La casa en el acantilado parece un barco que se va perdiendo entre la niebla. El chapitel es un mástil y los árboles que azotan su base son las olas de un mar embravecido.

O quizás solo sea que Jane tiene barcos en la cabeza, dado que está dentro de uno que está haciendo todo lo que puede por consumir su atención por completo. Una ola mece el yate y hace que Jane pierda el equilibrio y se siente, aterrizando más o menos cerca de donde había planeado caer. Otra ola la avienta en cámara lenta contra la ventana panorámica del yate.

—No he pasado mucho tiempo en un barco. Supongo que ya me acostumbraré —dice.

La acompañante de Jane, Kiran, está tendida de espaldas y con los ojos cerrados sobre el largo asiento junto a la ventana; no está mareada, está aburrida. No parece que haya escuchado.

—Supongo que mi tía Magnolia también se acostumbró —continúa Jane.

—Ver a mi familia me da ganas de morir —dice Kiran—. Ojalá me ahogue.

El yate se llama *El Kiran*.



A través de la ventana panorámica Jane puede ver a Patrick, quien está en la cubierta bajo la lluvia, intentando enganchar una cuerda en el muelle. Es joven, de unos veinte años quizás, con cabello oscuro y corto, un profundo bronceado invernal en su piel clara y ojos azules tan brillantes que Jane los notó de inmediato. Al parecer, alguien debía estar esperando en el muelle para ayudarlo, pero esa persona no apareció.

—Kiran —dice Jane—, ¿deberíamos ayudar a Patrick?

—¿Ayudarlo a qué?

—No sé. ¿A atracar el barco?

—¿Es broma? Patrick puede hacerlo todo solo.

—¿Todo?

—Patrick no necesita a nadie —dice Kiran—. Nunca.

—Bueno —acepta Jane, preguntándose si eso fue solo el sarcasmo general de Kiran o si tiene un problema específico con Patrick. Es difícil distinguir con alguien como Kiran.

Afuera, Patrick logra atorar la cuerda y después, tensando todo su cuerpo, la jala, un brazo a la vez, para llevar el yate hasta el muelle. Es muy impresionante. Quizás realmente *puede* hacerlo todo.

—¿Quién es Patrick?

—Patrick Yellan —responde Kiran—. Ravi y yo crecimos con él. Trabaja para mi padre. Y también su hermana menor, Ivy. Igual que sus padres hasta hace un par de años. Murieron en un accidente de auto en Francia. Lo siento —agrega lanzándole una mirada a Jane—. No quise recordarte los accidentes de viaje.

—Está bien —dice Jane automáticamente, archivando esos nombres y hechos junto a la demás información que ha ido



reuniendo. Kiran es británica americana por el lado de su padre y británica india del lado de su madre, aunque están divorciados y su padre se volvió a casar. Además, es asquerosamente rica. Jane nunca antes había tenido una amiga que hubiera crecido con sus propios sirvientes. *¿Kiran es mi amiga?*, piensa Jane. *¿Conocida? ¿Mi mentora, quizás?* Tal vez no ahora, pero sí lo fue en el pasado. Kiran, cuatro años mayor que ella, fue a la universidad en la ciudad de Jane y le dio clases de escritura creativa cuando Jane aún estaba en la preparatoria.

Jane recuerda que Ravi es el hermano gemelo de Kiran. Ella no conoce a Ravi, pero sabe que visitaba a Kiran en la universidad. Sus sesiones de tutoría eran diferentes cuando Ravi estaba en la ciudad. Kiran llegaba tarde, con el rostro encendido y una actitud menos estricta, menos intensa.

—¿Patrick está a cargo del transporte desde y hacia la isla?
—pregunta Jane.

—Supongo —dice Kiran—. Al menos en parte. Hay otras personas que también ayudan.

—¿Patrick y su hermana viven en la casa?

—*Todos* viven en la casa.

—Y ¿es lindo volver? —pregunta Jane—. Porque puedes ver a tus amigos con los que creciste.

Jane está buscando información, pues quiere descubrir cómo funcionan las relaciones con los sirvientes cuando una persona es tan rica.

Kiran no responde de inmediato, solo mira al frente con los labios apretados, hasta que Jane comienza a sentir que su pregunta fue grosera.



—Supongo que hubo un tiempo en que volver a ver a Patrick tras una larga ausencia me hacía sentir como si volviera a casa —dice Kiran.

—Ah —exclama Jane—. Pero... ¿ya no?

—Es complicado —responde Kiran con un breve suspiro—. No hablemos de eso ahora. Puede escucharnos.

Patrick necesitaría tener superpoderes para escuchar algo de esta conversación, pero Jane reconoce una negativa cuando la escucha. Asomándose por la ventana, alcanza a ver las formas de otros botes entre el diluvio, grandes, pequeños, atracados en la pequeña bahía. El padre de Kiran, Octavian Thrash IV, es el dueño de esos botes, de la bahía, de la isla, de los árboles que se están meciendo y de la enorme casa que se alcanza a ver a lo lejos.

—¿Cómo llegaremos a la casa? —pregunta Jane. No puede ver ninguna carretera—. ¿Subiremos entre la lluvia como buzos?

Kiran resopla, pero luego sorprende a Jane lanzándole una pequeña sonrisa de aprobación.

—En auto —responde sin agregar nada más—. Ya extrañaba esa manera curiosa en la que te expresas. También tu ropa.

Su blusa con zigzags dorados y los pantalones de pana color vino hacen que Jane parezca una de las criaturas marinas de la tía Magnolia. Un pez payaso pardo, un mero coral. Jane nunca se viste sin pensar en la tía Magnolia.

—¿Y cuándo es la fiesta de primavera?

—No lo recuerdo —responde Kiran—. ¿Pasado mañana? ¿El día después de eso? Probablemente el fin de semana.



En la casa junto al mar de Octavian Thrash IV se ofrece una fiesta de gala por cada estación. Esa es la razón del viaje de Kiran. Ha vuelto a casa para la fiesta de primavera.

Y esta vez, por algún motivo inexplicable, invitó a Jane, aunque hasta la semana pasada no se habían visto desde la graduación de Kiran casi un año atrás. Kiran se encontró por casualidad con Jane en la librería del campus, porque como muchos exalumnos que están de visita, Kiran recordó que ahí había un baño público. Atrapada detrás del escritorio de información, Jane la vio venir con un enorme bolso bajo su brazo y una expresión agobiada en el rostro. Con cualquier otro fantasma de su pasado, el primer instinto de Jane habría sido darle la espalda, esconderse detrás de sus rizos oscuros y convertirse en una estatua. Pero ver a Kiran Thrash de inmediato le recordó la extraña promesa que la tía Magnolia la orilló a hacerle antes de irse en su última expedición fotográfica.

La tía Magnolia hizo que Jane le prometiera que nunca rechazaría una invitación a las tierras de la familia de Kiran.

—Oye —dijo Kiran aquel día, deteniéndose frente a la recepción—. Janie. Eres tú —echó un vistazo al brazo de Jane, donde los tentáculos de su tatuaje de medusa se asomaban por debajo de su manga.

—Kiran —respondió Jane, tocándose instintivamente el brazo. El tatuaje era nuevo—. Hola.

—¿Ahora estudias aquí?

—No —dijo Jane—. Lo dejé. Me estoy dando un tiempo. Trabajo aquí. En la librería —agregó, lo cual era obvio y no era algo de lo que quisiera hablar. Pero había aprendido a



conversar casualmente para llenar el silencio con falso entusiasmo y a entregar sus fracasos como carnada conversacional, porque a veces eso le permitía esquivar la siguiente pregunta que hizo Kiran.

—¿Cómo está tu tía?

Había algo de memoria celular en la tensión que eso le generaba.

—Murió.

—Ah —dijo Kiran, entrecerrando los ojos—. Con razón abandonaste los estudios.

Esa reacción fue menos amigable, pero más fácil de soportar que la común, porque generó una molestia que subió hasta la garganta de Jane.

—Podría haber abandonado de cualquier modo. Lo odiaba. Los otros estudiantes eran unos snobs y estaba reprobando Biología.

—¿Con el profesor Greenhut? —preguntó Kiran, ignorando el comentario sobre los snobs.

—Sí.

—Era conocido en toda la escuela como un cretino pretencioso —señaló Kiran.

Contra todos sus instintos, Jane sonrió. Greenhut asumía que sus estudiantes sabían mucho de Biología, y quizás esa suposición era justa, porque nadie más en la clase parecía tener tantos problemas como Jane. La tía Magnolia, quien había sido maestra adjunta de Biología marina, criticó el temario.

—Greenhut es un burro superior y engreído —dijo con asco, y luego agregó—: sin ofender a Eeyore. Greenhut está



intentando deshacerse de los estudiantes que no fueron a preparatorias elegantes.

—Está funcionando —le respondió Jane.

—Quizás puedas ir a la escuela en otro lado —comentó Kiran—. En algún lugar lejano. Es saludable alejarse de casa.

—Sí. Quizás —Jane siempre había vivido en esa pequeña ciudad universitaria al norte del país, rodeada de estudiantes adonde quiera que fuera. La colegiatura era gratis para los chicos del lugar. Pero tal vez Kiran tenía razón, quizás Jane debería haber elegido otra facultad. Una estatal, donde otros estudiantes no la hicieran sentir tan... provinciana. Estos estudiantes venían de todas partes del mundo y tenían tanto dinero. La compañera de cuarto de Jane había pasado su verano en la campiña francesa y, cuando se enteró de que Jane había tomado clases de francés en la preparatoria, quiso tener conversaciones en francés sobre lugares que Jane ni siquiera había escuchado y quesos que nunca había probado.

Qué desconcertante fue ir a las clases que había visto con envidia a través de las ventanas toda su vida, y terminar sintiéndose miserable. Al final pasó la mayoría de las noches con la tía Magnolia en vez de estar en su habitación del campus, sintiéndose como si estuviera viviendo una versión paralela de su propia vida, una que no le quedaba bien. Como si fuera una pieza en el rompecabezas equivocado.

—Podrías estudiar Artes en alguna parte —dijo Kiran en ese momento—. ¿No solías hacer unos paraguas geniales?

—No son arte —dijo Jane—. Son paraguas. Mal hechos.

—Bueno —respondió Kiran—, como sea. ¿Ahora dónde vives?



—En un apartamento en la ciudad.

—¿En el mismo apartamento en el que vivías con tu tía?

—No —respondió Jane con un toque de sarcasmo que probablemente se desperdició en Kiran. Claro que no podría pagar ese mismo apartamento—. Vivo con tres estudiantes.

—¿Y qué tal?

—Está bien —mintió Jane. Sus compañeros de apartamento eran mucho más grandes que ella y demasiado enfocados en sus búsquedas abstrusas como para molestarse en cocinar, limpiar o bañarse. Era como vivir con el Búho engreído de *Winnie Pooh*, salvo que la higiene de estos era peor y eran tres. Jane casi nunca estaba sola en ese lugar. Su habitación era más bien un clóset que no servía para hacer paraguas, lo cual requería espacio. Era difícil moverse sin picarse las costillas. A veces dormía con un trabajo a medio hacer en el borde de su cama.

—Me caía bien tu tía —dijo Kiran—. También tú me caías bien —agregó, y fue entonces cuando Jane dejó de pensar en sí misma y comenzó a observar a Kiran, quien había cambiado de alguna forma desde la última vez que la vio. Kiran solía moverse como si la estuvieran empujando al menos cuatro diferentes tareas urgentes al mismo tiempo.

—¿Qué te trajo hasta acá? —le preguntó Jane.

Kiran se encogió de hombros con indiferencia.

—Salí a conducir por ahí.

—¿Dónde vives?

—En un apartamento en la ciudad.

El apartamento en la ciudad de los Thrashes eran los dos pisos de arriba de una mansión de Manhattan con vista



a Central Park, bastante lejos para alguien que solo estaba “conduciendo por ahí”.

—Pero me pidieron que fuera a casa, a la isla para la fiesta de primavera —agregó Kiran—. Y puede que me quede un tiempo. Probablemente Octavian está de malas.

—Okey —respondió Jane, intentando imaginarse cómo sería tener un padre multimillonario, en una isla privada, de malas—. Espero que te la pases bien.

—¿Qué es ese tatuaje? —preguntó Kiran—. ¿Es un calamar?

—Es una medusa.

—¿Puedo verlo?

La medusa estaba en la parte de arriba del brazo de Jane, azul y dorada con pequeños tentáculos azules y brazos en espiral, en blanco y negro, que corrían hasta más allá de su codo. Jane por lo general llevaba las mangas de su blusa enrolladas para mostrar un poco de los tentáculos porque, en secreto, le gustaba que la gente le pidiera que se lo enseñara. Levantó su manga hasta el hombro para que Kiran lo viera.

Ella observó la medusa con una expresión inmutable.

—Uh —dijo—. ¿Te dolió?

—Sí —respondió Jane. Y además tuvo que conseguir un trabajo extra como mesera en un merendero en la ciudad durante tres meses para pagarlo.

—Es delicado —comentó Kiran—. De hecho, es hermoso. ¿Quién lo diseñó?

—Está basado en una foto que tomó mi tía —dijo Jane con un rubor de placer— de una Ortiga del Pacífico.

—¿Tu tía alcanzó a ver tu tatuaje?



—No.

—El tiempo puede ser un imbécil —comentó Kiran—. Vamos por unos tragos.

—¿Qué? —dijo Jane, sorprendida—. ¿Yo?

—Cuando termines de trabajar.

—Soy menor de edad.

—Entonces te compro una malteada.



Esa noche, en el bar, Jane le explicó a Kiran cómo es tener un presupuesto para la renta, la comida y el seguro de salud con un salario de medio tiempo en una librería; cómo a veces creía que la tía Magnolia solo se había ido a otro de sus viajes; cómo se desviaba inconscientemente para evitar el edificio donde habían vivido juntas. Jane no quería explicar todo eso, pero Kiran venía de un tiempo en el que la vida había tenido sentido. Su presencia la confundía. Simplemente se le salió.

—Renuncia a tu trabajo —le dijo Kiran.

—¿Y de qué voy a vivir? —preguntó Jane, molesta—. No todos tienen la tarjeta de crédito sin fondo de papi, ¿sabes?

Kiran recibió la indirecta con desinterés.

—Es solo que no pareces muy feliz.

—¡Feliz! —dijo Jane, incrédula, y luego, mientras Kiran seguía dando sorbos a su whiskey, bastante molesta—: Y tú, ¿en qué trabajas? —soltó.

—No trabajo.



—Pues tampoco pareces exactamente feliz.

Kiran sorprendió a Jane soltando una carcajada.

—Brindo por eso —dijo, y luego se tomó de un trago su bebida, se inclinó sobre la barra, se estiró para alcanzar un contenedor con pequeños paraguas de papel y eligió uno, azul y negro para combinarlo con la blusa de Jane y los tentáculos de su tatuaje. Abriéndolo cuidadosamente, lo hizo girar entre sus dedos y luego se lo ofreció a Jane.

—Como protección —declaró.

—¿Protección de qué? —preguntó Jane, examinando el delicado interior funcional del paraguas.

—De la mierda —dijo Kiran.

—Guau —exclamó Jane—. ¿Todo este tiempo pude haber evitado la mierda con un paraguas de cóctel?

—Puede que solo funcione para mierda muy pequeña.

—Gracias —dijo Jane, comenzando a sonreír.

—Sí, bueno, pues no tengo trabajo —repitió Kiran, sosteniéndole la mirada a Jane por un momento y luego desviándola—. Envío solicitudes para algunas cosas de vez en cuando, pero nunca llega a nada, y si te soy honesta, siempre me siento algo aliviada.

—¿Cuál es el problema? Tienes un título universitario. Tenías buenas calificaciones, ¿no? ¿No hablas como siete idiomas?

—Suenas como mi madre —le reclamó Kiran con una voz más cansada que molesta—. Y mi padre y mi hermano, y mi novio, y todas las malditas personas con las que hablo.

—Solo preguntaba.



—Está bien —dijo—. Soy una niña rica y mimada que tiene el privilegio de andar por ahí tristeando, sintiéndose mal por estar desempleada. Lo entiendo.

Era gracioso porque eso era exactamente lo que Jane estaba pensando. Pero ahora, como Kiran lo había dicho, lo resentía menos.

—Oye, no pongas mierda en mi boca. Estoy armada —advirtió Jane mientras blandía su paraguas coctelero.

—¿Sabes qué me gustaba de tu tía? —dijo Kiran—. Que siempre te hacía sentir que era posible saber cuál era la elección correcta.

Sí, intentó responder Jane, pero era tan cierto que se le quedó atorado en la garganta. *La tía Magnolia*, pensó, ahogándose con las palabras.

Kiran observó la pena de Jane sin mostrar emoción.

—Renuncia a tu trabajo y ven conmigo a Tu Reviens —dijo—. Quédate un tiempo, todo el que quieras. A Octavian no le molestará. Es más, te comprará cosas para tus paraguas. Mi novio está allá; puedes conocerlo. Mi hermano, Ravi, también. ¿Qué te hace quedarte aquí?

Algunas personas son tan ricas que ni siquiera notan cuando avergüenzan a los otros. ¿De qué valía todo el cuidado y esfuerzo que Jane ponía en su subsistencia, si la invitación indiferente de una casi desconocida, nacida del aburrimiento y la necesidad de orinar, la ponían en una posición financiera más cómoda que la que podría alcanzar por ella misma?

Pero no era posible decir que no, por la tía Magnolia. La promesa.



—Janie, querida —le dijo la tía Magnolia el día en que Jane se despertó extra temprano una mañana y la encontró en un banco junto a la mesada de la cocina—. Estás despierta.

—*Tú estás despierta* —respondió Jane, porque ella era la insomne de la familia.

Jane balanceó su cadera en la orilla del banco de la tía Magnolia para poder acomodarse junto a ella, cerrar los ojos y fingir que seguía dormida. La tía Magnolia era alta, como Jane, y siempre se habían acomodado bien una con la otra. Su tía puso una taza de té en las manos de Jane, envolviendo sus manos sobre la cálida superficie.

—¿Recuerdas a tu antigua tutora de escritura? —dijo la tía Magnolia—. ¿Kiran Thrash?

—Claro —respondió Jane, dando un sorbo ruidoso.

—¿Alguna vez te habló sobre su casa?

—¿La casa con el nombre francés? ¿En la isla de su padre?

—Tu Reviens —le recordó la tía Magnolia.

Jane sabía suficiente francés para traducir eso: “Tú vuelves”.

—Exacto, cariño. Quiero que me prometas algo.

—Okey.

—Si alguien te invita alguna vez a Tu Reviens —dijo—, prométeme que irás.

—Okey —respondió Jane—. Eh, ¿por qué?

—He escuchado que es un lugar de oportunidades.

—Tía Magnolia —agregó Jane, dejando su taza sobre la mesa para mirar a su tía a los ojos. Magnolia tenía una curiosa mancha azul en el iris café de uno de sus ojos, era como una nébula o como una estrella nubosa con pequeños picos y rayos.



»Tía Magnolia —repitió Jane—. ¿De qué diablos estás hablando?

Su tía soltó una risilla que venía de lo profundo de su garganta y luego le dio un abrazo con un solo brazo a Jane.

—Sabes que a veces se me ocurren locuras.

La tía Magnolia era alguien a quien le gustaban los viajes repentinos, como irse a acampar a una parte remota de los Lagos Finger en la que pasar la noche no estaba exactamente permitido y donde los celulares no funcionaban. Leían libros con la luz de una linterna, escuchaban a las polillas azotándose contra la lona de la pequeña carpa brillante y finalmente se quedaban dormidas con el canto de los somormujos. Y una semana después la tía Magnolia podía irse a Japón para fotografiar tiburones. Las imágenes que traía a su regreso impresionaban a Jane. Podía ser solo la foto de un tiburón, pero lo que Jane veía era a la tía Magnolia con su cámara, sosteniéndola contra el agua, el silencio y el frío, respirando aire comprimido y esperando la visita de una criatura que bien podría ser un alien, pues así de extraños eran los habitantes del mundo submarino.

—*Sí se te ocurren locuras, tía Magnolia* —dijo Jane—. Y cosas maravillosas.

—Pero no te pido que me hagas muchas promesas, ¿verdad?

—No.

—Entonces prométeme esto. ¿Lo harías?

—De acuerdo —respondió Jane—. Bueno. Por ti, prometo que nunca rechazaré una invitación a Tu Reviens. ¿Por qué estás despierta?

—Tuve sueños extraños —dijo.



Luego, unos días después, se fue a una expedición a la Antártida, una tormenta de nieve la encontró demasiado lejos de su campamento y murió congelada.

La invitación de Kiran la acercó a su tía Magnolia como nada lo había hecho en los últimos cuatro meses.



Tu Reviens. Tú vuelves.

Es desconcertante estar tan lejos de casa, con todas tus ansiedades cotidianas resueltas solo para ser reemplazadas por otras. ¿El padre de Kiran si quiera sabe que Jane va? ¿Y si es el mal tercio cuando Kiran se reúna con su novio? ¿Cómo se porta alguien con gente que es dueña de yates e islas privadas?

Parada en la sala de *El Kiran*, mientras la lluvia cae como cortinas, Jane se recuerda que debe respirar, lenta, profunda y tranquilamente, como le enseñó la tía Magnolia.

“Te ayudará para cuando aprendas a bucear”, solía decirle la tía Magnolia cuando Jane era pequeña, cinco, seis, siete años, aunque por alguna razón esas clases de buceo nunca se materializaron.

Adentro, piensa Jane enfocándose en cómo se expande su barriga. *Afuera*, sintiendo cómo su torso se aplana. Le echa un vistazo a la casa, flotando sobre ellas entre la tormenta. *La tía Magnolia nunca se preocupaba. Solo iba.*

De pronto, Jane se siente como el personaje de una novela de Edith Wharton o las Brontë. *Soy una joven de circunstancias*



desafortunadas, sin familia ni futuro, invitada por una acaudalada familia a su glamorosa tierra. ¿Podría ser esta mi gran odisea?

Jane tendrá que elegir un paraguas apropiado para una gran odisea. ¿Kiran pensaría que es raro? ¿Podrá encontrar uno que no sea vergonzoso? Caminando titubeante sobre el suelo de la sala, abre uno de sus baúles y se encuentra instantáneamente con la elección correcta. El pequeño toldo de satén de ese pequeño paraguas alterna el café oscuro con un rosa bronce. Los acabados de latón están hechos de partes antiguas, pero resistentes. Podría empalar a alguien con el bastón.

Jane lo abre. Los rayos rechinan y la curva de las varillas está torcida, la tela se estira de forma irregular.

Solo es un estúpido paraguas chueco, piensa Jane y de pronto tiene que controlar las lágrimas. ¿Tía Magnolia? ¿Por qué estoy aquí?

Patrick asoma la cabeza en la sala. Sus ojos brillantes miran por un momento a Jane y luego van hacia Kiran.

—Ya atracamos, Kir —dice—, y el auto ya llegó.

Kiran se incorpora sin mirarlo. Luego, cuando Patrick vuelve a la cubierta, ella lo mira a través de la ventana mientras levanta cajas de madera sobre su hombro y las lleva al muelle. Los ojos de él se encuentran con los de ella y Kiran desvía la mirada.

—Deja tus cosas —le dice Kiran a Jane—. Patrick las llevará después.

—Okey —responde Jane. Definitivamente algo pasa entre Patrick y Kiran—. ¿Quién es tu novio?

—Se llama Colin. Trabaja con mi hermano. Ya lo conocerás. ¿Por qué?



—Solo por curiosidad.

—¿Tú hiciste ese paraguas? —pregunta Kiran.

—Sí.

—Eso pensé. Parece hecho a mano y se ve curioso.

Kiran y Jane salen a la lluvia. Patrick le ofrece una mano firme a Jane y ella toma su antebrazo por accidente. Está empapado hasta los huesos. Jane se da cuenta de que Patrick Yellan tiene unos antebrazos hermosos.

—Con cuidado —le dice él al oído.



Ya en tierra, Kiran y Jane corren hacia un enorme auto negro que las espera junto al muelle.

—Patrick fue el que me pidió que viniera a la fiesta —grita Kiran entre la lluvia.

—¿Qué? —pregunta Jane, nerviosa. Intenta proteger a Kiran con su paraguas, provocando que un riachuelo de agua helada corra por el toldo directo al cuello de su propia camisa—. ¿En serio? ¿Por qué?

—Quién sabe. Me dijo que tiene que confesarme algo. Siempre está anunciando cosas así y luego no tiene nada que decir.

—Ustedes son... ¿buenos amigos?

—Deja de intentar mantenerme seca —dice Kiran, acercándose a la puerta del auto—. Solo estás logrando que las dos nos mojemos más.



Resulta que sí hay una carretera que comienza en la bahía y sigue en el sentido del reloj por la base de la isla, luego hace una serie de vueltas en U que suben por las afiladas pendientes.

No es un viaje tranquilo eso de ir en un Rolls-Royce bajo la lluvia; el auto parece demasiado grande para tomar las curvas sin desplomarse por la orilla. La conductora tiene la expresión facial de un bulldog y maneja como si se le hiciera tarde. Tiene el cabello tieso como el hierro y los ojos también, la piel pálida y pómulos altos, lleva ropa de yoga negra y un delantal con manchas de comida. Mira a Jane a través del espejo retrovisor. Jane tiembla, inclinando la cabeza para que sus salvajes rizos le oculten el rostro.

—¿De nuevo nos falta personal, señora Vanders? —pregunta Kiran—. Trae puesto un delantal.

—Varios invitados acaban de llegar sin previo aviso —responde la señora Vanders—. La fiesta de primavera es pasado mañana. Chef se está volviendo loco.

Kiran echa la cabeza hacia atrás apoyándola contra el respaldo y cierra los ojos.

—¿Qué invitados?

—Phoebe y Philip Okada —anuncia la señora Vanders—. Lucy St. George...

—Mi hermano hace que me den ganas de morir —comenta Kiran, interrumpiéndola.

—Su hermano ni siquiera ha aparecido —dice la señora Vanders con un tono acusador.

—Qué sorpresa —señala Kiran—. ¿Se esperan algunos ladrones de bancos?



La señora Vanders gruñe ante esta peculiar pregunta.

—Me imagino que no —responde.

—¿Ladrones de banco? —pregunta Jane.

—Bueno —dice Kiran, ignorando a Jane—. Yo anuncié con tiempo que venía mi amiga. Espero que le haya reservado un espacio: Janie necesita espacio.

—Reservamos la suite roja en el ala este para Jane. Tiene su propia sala —dice la señora Vanders—. Aunque lamentablemente no tiene vista al mar.

—No está cerca de mi habitación —masculla Kiran—. Está cerca de Ravi.

—Bueno —dice la señora Vanders, suavizando de pronto su expresión—, aún tenemos bolsas de dormir si quieren hacer una pijamada. Usted, Ravi y Patrick solían hacer eso cuando eran más jóvenes e Ivy era apenas una bebé, ¿recuerda? Solía rogarles para que la incluyeran.

—Tostábamos malvaviscos en la chimenea de Ravi —le cuenta Kiran a Jane— mientras la señora Vanders y Octavian nos vigilaban, convencidos de que nos íbamos a quemar.

—O a quemar la casa —agrega la señora Vanders.

—Ivy comía hasta enfermarse y se quedaba dormida como en un coma de azúcar —dice Kiran melancólicamente—. Y yo dormía entre Patrick y Ravi junto a la chimenea, como un malvavisco derretido entre galletas.

El recuerdo llega de pronto, con voluntad propia: Jane sentada con la tía Magnolia en el sillón rojo, junto al radiador que crepitaba y siseaba. Leyendo *Winnie Pooh* y *La casa en el rincón de Pooh*.



“¡Di *¡ho!* por la vida de un oso!”, decía la tía Magnolia mientras Christopher Robin conducía una *experición* al Polo Norte. A veces, cuando la tía Magnolia estaba cansada, ella y Jane leían en silencio, una junto a la otra. Jane tenía cinco, seis, siete, ocho años. Si la tía Magnolia estaba secando calcetines en el radiador, el cuarto olía a lana.

El auto se acerca a la casa por la parte de atrás, avanza hacia el frente y entra al camino principal. Ahora que Jane la ve de cerca, la casa ya no es un barco. Es un palacio.



La señora Vanders abre una pequeña puerta del tamaño de una persona dentro de la enorme puerta del tamaño de un elefante. No hay comité de bienvenida.

Jane y Kiran entran a un recibidor de piedra con techo alto y suelo a cuadros blancos y negros en el que Jane deja pequeños charcos donde quiera que pisa. El aire ulula mientras la señora Vanders cierra la puerta, metiéndose en los oídos de Jane y haciendo que se sienta casi como si se hubiera perdido una palabra que se pronunció en susurros. Sin pensarlo, se restriega la oreja.

—Bienvenidas a Tu Reviens —dice la señora Vanders de mala gana—. No entren a los territorios de los sirvientes. No tenemos espacio para visitantes en la cocina tampoco, y los áticos del oeste están llenos de cosas y son peligrosos. Debería estar a gusto con su habitación, Jane, y las áreas comunes de la planta baja.



—Vanny —dice Kiran con tono tranquilo—, deja de ser un ogro.

—Solo quiero prevenir a su amiga de enterrar su pie en un clavo en el ático —dice la señora Vanders y luego cruza lentamente el suelo y desaparece por una puerta. Jane, sin saber si debe seguirla, da un paso, pero Kiran extiende una mano para detenerla.

—Creo que va a la cocina prohibida —dice con una sonrisa a medias—. Te enseñaré el lugar. Este es el recibidor. ¿Es lo suficientemente ostentoso para ti?

Unas escaleras gemelas suben por la izquierda y la derecha hasta llegar al primer piso y luego al segundo. La pared imposiblemente alta frente a Jane casi la hace sentirse mareada. Grandes balcones se extienden en el primero y segundo, con arcos que perforan la alta pared en intervalos. Los balcones podrían servir como galerías de juglares, pero en realidad funcionan como puentes que conectan los lados este y oeste de la casa. Los arcos brillan suavemente con la luz natural, como si la pared fuera un rostro con dientes relucientes. Justo enfrente, en la planta baja, hay otro arco a través del cual se ve la vegetación y el suave brillo de una luz más natural. Jane escucha el sonido de la lluvia cayendo sobre el cristal. Su mente no logra entenderlo, pues se escucha donde debería ser el interior de la casa.

—Es el patio veneciano —comenta Kiran, notando la expresión de Jane y llevándola hasta el arco. Suena desanimada—. Es el detalle más lindo de la casa.

—Ah —dice Jane, intentando leer el rostro de Kiran—. ¿Es tu parte favorita?



—Algo así —responde Kiran—. Hace que me sea más difícil odiar este lugar.

Jane observa a Kiran en vez del patio. El rostro café pálido de Kiran está mirando hacia el techo de cristal, hacia la lluvia que lo azota. Kiran no es hermosa. Es de ese tipo normal de mujer que mucho dinero puede hacerla parecer hermosa. Pero Jane se da cuenta de que le gusta su nariz chata, su rostro franco, su cabello ralo y negro.

Si odia este lugar, piensa Jane, ¿por qué acepta venir cuando Patrick la llama? ¿O a Kiran le disgustan todos los lugares por igual?

Jane se gira para ver lo que Kiran está viendo.

Vaya. Qué espacio más perfecto para meterlo en la mitad de una casa; todo hogar debería tener uno así en medio. Es un patio interior con techo de cristal que se extiende por completo sobre los dos pisos del edificio, con paredes de piedra rosa pálido y, en el centro, un bosque de árboles blancos y delgados; pequeños jardines de flores y una diminuta cascada que sale de la boca de un pez. En el primero y segundo piso, largas capuchinas doradas-naranja cuelgan de los balcones.

—Vamos —dice Kiran—, te llevaré a tu habitación.

—No es necesario —dice Jane—. Puedes solo decirme por dónde ir.

—Me dará una excusa para no ver a Octavian aún —responde Kiran. La risa sale a carcajadas de una habitación no muy lejana. Ella hace un gesto de desagrado—. O a los invitados, o a Colin —agrega, tomando a Jane por la muñeca y jalándola de vuelta hacia el recibidor.

Es extraño que la toque una persona tan quisquillosa como



Kiran. Jane no logra definir si es reconfortante o si se siente algo atrapada.

—¿Cómo es Colin?

—Es vendedor de arte —dice Kiran, sin responder directamente la pregunta de Jane—. Trabajaba para su tío que es dueño de una galería. Colin tiene una especialidad en Historia del arte. Dio una de las clases de Ravi cuando él estaba estudiando; así se conocieron. Pero aunque hubiera estudiado algo como astrofísica, probablemente hubiera terminado trabajando para su tío Buckley. Todos en la familia lo hacen. Como sea, al menos él sí está *usando su título*.

Kiran tiene un título en Religión e idiomas que aparentemente no está usando. Jane recuerda que una vez Kiran escribió un ensayo sobre grupos religiosos que trabajan con los gobiernos para apoyar la conservación ambiental que fascinó a la tía Magnolia. Ella y Kiran habían hablado y hablado. Resultó que la tía Magnolia sabía mucho más de política de lo que Jane pensaba.

Kiran regresa sobre sus pasos por el recibidor y sube por la escalera este a su izquierda. Las paredes están cubiertas con una extraña colección de pinturas de distintos periodos y estilos. En cada descanso hay una armadura completa.

Dominando el descanso del primer piso hay una pintura realista particularmente alta hecha con gruesos óleos que representa una habitación con suelo a cuadros y un paraguas abierto en el suelo como si se estuviera secando. Jane siente que casi podría entrar en el cuadro.

Un basset hound, que viene bajando por las escaleras hacia



ellas, se detiene y observa a Jane. Luego comienza a saltar y jadear con creciente interés. Cuando Jane pasa junto a él, él se da la vuelta y la sigue ansiosamente, pero su largo radio hace que su vuelta sea lenta, y los basset hound no están hechos para los escalones. Se pisa su propia oreja y chilla. Pronto se queda atrás. Ladra.

—Ignora a Jasper —comenta Kiran—. Ese perro tiene un desorden de personalidad.

—¿Qué le pasa? —pregunta Jane.

—Creció en esta casa —responde Kiran.



Jane nunca ha tenido una suite para ella sola.

El teléfono de Kiran suena mientras cruzan la puerta. Ella le echa una mirada y luego frunce el ceño.

—Maldito Patrick. Te apuesto lo que quieras a que no tiene nada que decir. Te dejo para que explores —dice, saliendo hacia el corredor.

Jane es libre para examinar sus aposentos sin necesitar esconder su asombro. Su baño con losetas de oro, con todo y jacuzzi, es del tamaño de la habitación que tenía antes, y la habitación es un amplio espacio, con la cama king-size como una montaña que supone que escalará luego para dormir en las nubes. Las paredes son de un rojo inusualmente pálido, como uno de los breves colores del cielo al iniciar el amanecer. Gruesos sillones de cuero con descansabrazos están alrededor



de una chimenea gigante. Jane abre su paraguas y lo pone a secar en la chimenea fría, notando que hay leños acomodados junto a esta y preguntándose qué tiene que hacer alguien para encender un fuego.

La sala, al otro lado de una puerta contigua, tiene paredes hechas de cristal al oriente, posiblemente para recibir el sol de la mañana. El cristal la acerca mucho a la tormenta, lo cual es lindo. Una tormenta puede ser algo acogedor cuando no estás en ella.

Afuera, jardines formales se extienden hasta llegar a una enorme área verde y luego un bosque más allá que desaparece en la niebla, como si quizás esta casa y este pequeño espacio de tierra hubieran salido flotando de la existencia normal, con Jane como su pasajera. Bueno, Jane y la niña embarrada de lodo que está cavando agujeros con una palita en el jardín de abajo, con su cabello corto chorreando por la lluvia. Tiene quizás ocho o nueve años. Levanta el rostro para mirar la casa.

¿Hay algo conocido en la mirada de esa niña? ¿Jane la reconoce?

La niñita cambia su posición y la sensación se desvanece.

Después de revisar su sala (secreter, sofá a rayas, sillón floral, tapete amarillo afelpado y diversas pinturas sin relación entre ellas), vuelve a su habitación, envolviéndose en una co-bija suave y oscura que estaba al pie de la cama.

Un pequeño sonido de rasguños la lleva a la puerta del pasillo, la cual abre un poco.

—Lo lograste —le dice al perro mientras entra corriendo—. Admiro tu espíritu perseverante.



—Oh —dice una voz en la puerta con tono sorprendido—. ¿Tú eres Janie?

Jane levanta la mirada hasta encontrarse con el rostro de una chica alta que debe ser la hermanita de Patrick Yellan, pues es guapa como él y tiene su mismo tono de piel y sus brillantes ojos azules. Su largo cabello oscuro está recogido en un moño desaliñado.

—Sí —dice Jane—. ¿Ivy?

—Sí —asiente la chica—. Pero ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho —responde Jane—. ¿Y tú?

—Diecinueve. Kiran me dijo que iba a traer a una amiga, pero no me dijo que tenías mi edad —se recarga contra el marco de la puerta. Va vestida con jeans grises muy ajustados y una sudadera roja tan cómoda que bien podría haber dormido en ella. Mete la mano en su bolsillo, saca un par de lentes de marco oscuro y se los pone en el rostro.

Con su blusa de zigzags dorados y pantalones de pana color vino llenos de pelo de perro, Jane de pronto se siente incómoda, como una especie de anomalía evolutiva. Un bobo pata azul junto a una elegante garza.

—Me encanta tu atuendo —dice Ivy.

Jane está sorprendida.

—¿Puedes leer la mente?

—No —dice Ivy con una sonrisilla rápida y pícara—. ¿Por qué?

—Acabas de leerme la mente.

—Suena desconcertante —comenta Ivy—. Hummm, ¿qué tal un zépelin?

—¿Qué?



—¿Estabas pensando en un zépelin?

—No.

—Entonces deberías sentirte más cómoda.

—¿Qué? —pregunta de nuevo Jane, tan confundida que incluso se está riendo un poco.

—A menos que sí *estuvieras* pensando en un zépelin.

—Es posible que nunca haya pensado en zépelin —comenta Jane.

—Es una palabra aceptable en Scrabble —dice Ivy—, aunque por lo general es un nombre propio, lo cual no está permitido.

—¿Zeppelin?

—Sí —dice—. Bueno, *zépelin*, como sustantivo común. Una vez la usé para ganar dos triples palabras. Kiran me retó, porque los zépelin se llaman así en honor a una persona, el conde Ferdinand von Zeppelin o algo así, pero de cualquier modo está en el diccionario de Scrabble. Gané doscientos cincuenta y siete puntos. Ay, Dios. Perdón. Escúchame.

—No...

—No, en serio —dice—. Te juro que por lo general no me ataca la diarrea verbal. Tampoco suelo presumir mis puntuaciones en el Scrabble a los dos minutos de conocer a alguien.

—Está bien —dice Jane, porque la gente que habla con tanta facilidad la hace sentir cómoda, implican menos trabajo, sabe por dónde ir—. No juego mucho Scrabble, así que no sé qué significa ganar doscientos cincuenta y siete puntos. Eso podría ser algo promedio hasta donde sé.

—Es una puntuación increíble para una palabra, maldita sea —dice Ivy, luego cierra los ojos—. En serio. Qué me pasa.



—A mí me gusta —comenta Jane—. Quiero escuchar más de tus palabras de Scrabble.

Ivy le lanza una sonrisa agradecida.

—De hecho, sí tenía una razón para venir —dice—. Yo soy la que te preparó la habitación. Quería ver si todo está bien.

—Más que bien —dice Jane—. O sea, hay una chimenea y un jacuzzi.

—¿No es a lo que estás acostumbrada?

—Mi última habitación era del tamaño de esa cama —dice Jane, señalándola.

—¿La “alacena bajo las escaleras”?

—Supongo que no estaba así de mal —dice Jane, sonriendo ante la referencia a Harry Potter.

—Me alegra —dice Ivy—. ¿Segura de que no necesitas nada?

—No quiero que sientas que tienes que cuidarme.

—Oye, es mi trabajo —dice Ivy—. Dime qué necesitas.

—Bueno —dice Jane—. Hay un par de cosas que me caerían bien, pero no las *necesito* realmente, y no son cosas normales las que te pediría.

—¿Cómo qué?

—Una sierra rotativa —dice Jane—. Un torno.

—Ajá —responde Ivy, sonriendo de nuevo—. Ven conmigo.

—¿Vas a llevarme a mí hacia una sierra rotativa y un torno? —pregunta Jane, lanzando la cobija hacia la cama.

—Esta casa tiene de todo.

—¿Sabes dónde está todo?

Ivy lo piensa severamente mientras el perro las sigue hacia el corredor.



—Probablemente sé dónde está *casi* todo. Estoy segura de que la casa me guarda algunos secretos.

Jane es alta, pero Ivy es más alta, con unas piernas que no terminan. Se siguen bien el paso. El perro se mantiene cerca de sus pies.

—¿Es cierto que Jasper tiene un desorden de personalidad? —pregunta—. Kiran me dijo.

—Puede ser un poco raro —responde Ivy—. No va al baño si lo estás viendo y te mira con odio como si estuvieras siendo imperdonablemente grosero. Y hay una pintura en el salón azul con la que está obsesionado.

—¿A qué te refieres?

—Se sienta a verla fijamente, soltando enormes suspiros.

—¿Es una pintura de un perro o algo así?

—No, es una ciudad vieja y aburrida junto a un lago, salvo que tiene dos lunas. Y a veces el perro desaparece por *días* y no podemos encontrarlo. Chef dice que no pertenece a este mundo. Es nuestro misterio del hogar, apareció un día durante una de las galas cuando era un cachorro, como si un invitado lo hubiera olvidado. Pero nunca nadie lo reclamó. Así que nos lo quedamos. ¿Te molesta?

—Nah —dice Jane—. Esta casa —agrega mientras Ivy la guía por el pasillo hacia el atrio al centro de la casa. Un tapete de oso polar, con todo y cabeza y ojos vidriosos, está a mitad del camino. Parece piel real. Arrugando la nariz, Jane lo rodea y luego se restriega las orejas de nuevo, intentando sacarse un ruido. La casa está murmurando o cantando, un gemido ligero y agudo de aire que sale por las pipas en alguna parte, aunque



la verdad Jane no está totalmente consciente de ello. Hay una manera en la que los sonidos de fondo pueden entrar en el inconsciente, acomodarse, incluso hacer cambios, sin despertar ninguna de nuestras alarmas conscientes.

Ivy desacelera el paso al acercase al centro de la casa. Están en el nivel más alto, el segundo, ella toma el camino del pasillo que va hacia la izquierda. Jane la sigue, encontrándose en uno de los balcones que son como puentes que había visto desde el recibidor. El puente tiene vista al recibidor en un lado y al patio por el otro.

Ivy se detiene en uno de los arcos con vista al patio. Alguien dejó una cámara ahí, acomodada en la ancha balaustrada, una elegante con un lente enorme. Ivy la toma y se la cuelga al cuello. Cuando Jane se para junto a ella, respirando entre la emocionante sensación de vértigo, Jasper lo hace también, metiendo la cabeza entre dos balaústres.

—Jasper —dice Jane, alarmada, estirándose para tomarlo por el collar solo para darse cuenta de que no trae ninguno—. ¡Jasper! ¡Con cuidado!

Jasper demuestra que no hay posibilidad de caerse empujándose con todas sus fuerzas entre los balaústres, fallando y luego volteando a ver a Jane con una expresión de “te lo dije”. No es una demostración reconfortante.

—No te preocupes —dice Ivy—. No se va a caer. Es demasiado grande.

—Sí. Eso veo, pero aun así preferiría que no se acercara a la orilla. ¡Respetar las alturas, tonto orejón!

Ante esto, Ivy suelta una pequeña carcajada.



—Quijotesco —dice.

—¿Qué?

Ella niega con la cabeza.

—Lo siento. Se me ocurrió de pronto que si hubiera podido usar la palabra *quijotesco* en ese espacio en vez de la palabra *zépelin*, habría ganado aún más puntos. Por la combinación de los poderes de la *j* y la *q*. Son letras valiosas —agrega con tono de disculpa— porque no son comunes. Tú haces que me den ganas de hablar. Es como una compulsión. Me serviría un bozal.

—Ya te dije que me gusta —responde Jane y luego nota de repente las palabras en la correa de la cámara de Ivy: *I am the Bad Wolf. I create myself*.

Es una referencia al programa de televisión *Doctor Who*.

—¿Eres fan de la ciencia ficción?

—Sí, supongo que sí —responde Ivy—. Me gustan la ciencia ficción y la fantasía por lo general.

—¿Quién es tu Doctor favorito?

—Eh, me gustan más las compañeras —dice Ivy—. El Doctor siempre es todo trágico, taciturno y el último de su especie, y entiendo por qué eso es atractivo, pero me gustan Donna Noble y Rose Tyler. Y Amy y Rory, y Clara Oswald y Martha Jones. A nadie le gusta Martha Jones pero a mí me gusta Martha Jones. Es muy ruda.

—Te entiendo —dice Jane asintiendo.

—¿Ibas a decir algo sobre la casa? —pregunta Ivy—. Hace rato.

—Las decoraciones. El arte. Es algo... ¿inconexo?

Ivy apoya un codo sobre la balaustrada.



—Sí, sin duda es inconexo. *Oficialmente* inconexo, a decir verdad. Hace unos ciento y tantos años, cuando el primer Octavian Thrash en la historia estaba construyendo esta casa, él, eh, cómo lo diré, él... *absorbió* partes de otras casas de todo el mundo.

—¿Absorbió? —dijo Jane—. ¿Como Rusia absorbió a Crimea? Ivy le lanza una sonrisa.

—Sí, básicamente. Algunas de las casas estaban siendo remodeladas o demolidas. Octavian compró algunas partes. Pero en otros casos, es difícil decir cómo las consiguió.

—¿Quieres decir que las robó?

—Sí —dice Ivy—. O compró cosas que eran robadas. Es por eso que los pilares no hacen juego, ni las losetas, ni nada, a decir verdad. Coleccionó su arte de la misma manera, y los muebles. Aparentemente, llegaban barcos llenos de porquerías de todo tipo, quizás una puerta desde Turquía, un barandal de China. Una ventana de cristal de colores de Italia, una columna de Egipto, una pila de azulejos de piso de la cocina de algún palacio en Escocia. Incluso el esqueleto está hecho de varias cosas que recogió.

—Entonces... ¿la casa es como el monstruo de Frankenstein?

—Sí —responde—, hablando de ciencia ficción. O como alguna especie caníbal.

—¿Nos va a comer?

—Aún no se ha comido a nadie —dice sonriendo de nuevo.

—Entonces sí me quedaré.

—Bien.

—Algunas obras de arte parecen más nuevas.



—La señora Vanders y Ravi se encargan de las compras ahora. Octavian les da permiso de gastar su dinero.

—¿Qué cosas compran?

—Cosas valiosas. Cosas de buen gusto. Nada robado. Ravi trabaja como comerciante de arte en Nueva York, de hecho, con el novio de Kiran, Colin. Es como su trabajo ideal. Creo que llora de felicidad cada mañana de camino a su trabajo. Ravi está loco por el arte —agrega, notando la expresión confundida de Jane—. Se ha sabido que durmió bajo el Vermeer. O sea, en el corredor, en una bolsa de dormir.

Jane intenta imaginarse a un adulto dormido en el piso bajo una pintura.

—Intentaré recordar eso, en caso de que alguna vez vaya caminando por ahí en la oscuridad.

—¡Ja! —dice Ivy—. Lo hizo cuando era niño. Ya no lo hace. Solíamos jugar con algunas obras también, como fingir que jugábamos alrededor de ellas. Las esculturas, los peces de Brancusi. Las armaduras.

Mientras Jane intenta archivar toda esa información, la lluvia azota el techo de cristal del patio.

—¿Y el patio? —pregunta, observando la cantera rosa, las jardineras bien calculadas, las capuchinas colgantes—. No es azaroso. Parece balanceado.

—Ajá —dice Ivy con una pequeña sonrisa de lado—. El primer Octavian rescató todo eso de un palacio veneciano que iba a ser demolido y lo trajo en un barco en una pieza.

Hay algo ridículo en un barco cargando dos pisos por la península italiana, a través del Mediterráneo y por el Atlántico.



—Esta casa me da un poco de miedo —confiesa Jane.

—Estamos por entrar en los territorios de los sirvientes —dice Ivy—. Es agradable y simple ahí, no hay osos polares muertos.

—¿También a ti te molesta eso?

Ivy se encoge de hombros con tristeza.

—Para mí solo es el Capitán Bombachas.

—¿Qué?

—Así es como le decían Kiran y Patrick cuando éramos niños. Pensaban que era muy gracioso, porque Kiran es en parte inglesa, y en el Reino Unido, *bombachas* significa calzoncillos. La señora Vanders también le puso nombre —dice Ivy, levantando el rostro con una expresión reflexiva—. Creo que era Oso Bipolar. Porque le gusta la psicología. Es gracioso, ¿no?

—Supongo —responde Jane—. Mi tía era conservacionista. Tomaba fotos de osos polares en vez de convertirlos en tapetes.

—Hablando del rey de Roma —dice Ivy, mirando hacia el patio. Un anciano lo cruza a toda prisa. Es alto, un hombre negro con la piel oscura en ropa negra, con un aro de cabello blanco. Lleva un pequeño niño sobre la cadera, quizás de dos o tres años. Lo único que Jane alcanza a ver del niño desde arriba es el cabello oscuro y ondulado, la piel morena y el movimiento de sus brazos y piernas.

—¿Por qué? —grita el bebé, retorciéndose—. ¿Por qué? ¿¡Por qué!?

—Kiran nunca mencionó que hubiera tantos niños aquí —comenta Jane, recordando a la niñita que estaba cavando en la lluvia afuera de su ventana.



—Ese era el señor Vanders —dice Ivy tras hacer una pausa—. Es el mayordomo, y la señora Vanders es la ama de llaves. Dirigen a un equipo bastante grande. Él siempre anda corriendo.

—Okey —responde Jane, notando que Ivy no dijo nada sobre el niño y que su rostro se tornó serio y su voz cuidadosamente despreocupada. Es raro—. ¿Dijiste que íbamos al territorio de los sirvientes? —agrega—. De hecho la señora Vanders me dijo que no tengo permitido ir allá.

—La señora Vanders me importa un pepino —dice Ivy súbitamente tajante.

—¿Qué?

—Lo siento —Ivy parece apenada—. Pero no está a cargo de la casa. Solo finge que lo está. Tú haz lo que quieras hacer.

—De acuerdo —Jane quiere ver la casa, cada una de sus partes. Pero también quiere que no le griten.



—Cada vez que entro a una nueva sección, siento como si estuviera en una casa diferente.

Jane se gira sobre sus talones, examinando las paredes verde pálido inesperadamente serenas y sobrias del área prohibida de los sirvientes, en el ala oeste del segundo piso. Todas las puertas están colocadas en pequeños pasillos que se abren desde el corredor principal.

—Espera a ver la bolera de abajo —dice Ivy— y la piscina techada.



Jane se da cuenta de que ha estado respirando el ligero, pero agradable olor del cloro desde que Ivy se le acercó.

—¿Eres nadadora?

—Sí, cuando tengo tiempo. Puedes usar la piscina cuando quieras. Dime si quieres que te muestre los vestidores y eso. Esa es mi habitación —agrega, señalando hacia un pequeño pasillo con una puerta cerrada—. Espera, voy a dejar mi cámara.

—¿De qué estás tomando fotos?

—Del arte —dice—. Ya vuelvo —deja a Jane en el corredor principal, donde Jasper se apoya contra su puerta, suspirando. La ropa de Jane ya casi está seca, pero en cualquier caso ya no se siente como una piltrafa empapada y con frío. Pero está ahí expuesta; se imagina a la señora Vanders mirándola con desaprobación por las esquinas, y también desearía poder ver la habitación de Ivy. ¿Los sirvientes tendrán jacuzzis y chimeneas también? ¿Ivy siempre tiene prisa? ¿Puede viajar a Nueva York como Kiran? Si tiene diecinueve años, ¿irá a la universidad? ¿Cómo fue a la preparatoria? Y por cierto, ¿cómo es que Kiran fue a la preparatoria?

Ivy sale.

—¿Tienes un jacuzzi ahí adentro?

—Ojalá —contesta Ivy sonriendo—. ¿Quieres ver?

—Claro.

Jane y Jasper siguen a Ivy hacia una habitación larga con dos espacios distintos: el espacio de la cama, cerca de la puerta, y el espacio de la computadora, que ocupa casi el resto del cuarto. Jane no sabía que una persona pudiera necesitar tantas computadoras. Un enredido de cuerdas está apoyado junto a



uno de sus teclados, así como dos de las linternas más largas que Jane haya visto en su vida. Grandes y precisos dibujos, algo así como planos, cubren las paredes. Viéndolos más de cerca, Jane se da cuenta de que son mapas interiores de una casa tan detallados que muestran los tapices, muebles, alfombras y obras de arte.

—¿Tú hiciste esto? —pregunta Jane.

—Supongo que sí —responde Ivy—. Son de la casa.

—Guau —Jane ve cosas conocidas: el patio veneciano, el piso a cuadros del recibidor, el tapete de oso polar.

Ivy parece apenada.

—Patrick y yo compartimos un baño en el pasillo —dice—. Pero el señor y la señora Vanders tienen su propia suite, y tiene un jacuzzi.

—Podrías usar el mío.

—Gracias —dice Ivy, quitándose la banda de su moño despeinado, sacudiendo su cabello y recogidoselo de nuevo. El aire se llena ligeramente con el aroma del cloro y jazmín.

»Mazapán —dice Ivy de la nada, dándole un jalón final a su cabello.

Jane ya se acostumbró a eso.

—¿Sí?

—Otra excelente palabra para usar en el juego, por la posición de la z.

—¿Siempre estás pensando en buenas palabras de más de siete letras para el Scrabble?

—Nop. Solo desde que llegaste.

—Quizás seré buena para tus partidas de Scrabble.



—Eso parece. Los cerebros son extraños —comenta Ivy, volviendo al corredor y llevando a Jane y Jasper por más pasillos y puertas.

—Si creciste aquí —comenta Jane—, ¿cómo fuiste a la escuela?

—A todos nos educaron en casa —responde Ivy—, por Octavian, y la señora Vanders, y la primera señora Thrash.

—¿Era raro? Que te educaran en casa, en una isla apartada.

—Probablemente —dice Ivy sonriendo—, pero parecía normal cuando era niña.

—¿Irás a la universidad?

—Lo he pensado últimamente, mucho. He estado ahorrando e hice los exámenes la última vez que estuve en la ciudad. Pero no he comenzado a enviar solicitudes.

—¿Qué estudiarías?

—Ni idea —dice—. ¿Eso es malo? ¿Ya debería tener toda mi vida planeada?

—Se lo estás preguntando a alguien que abandonó la universidad —responde Jane, y luego no está segura de qué sentir cuando Ivy la mira con curiosidad. *¿Estoy bien? ¿No estoy bien? ¿Me siento estúpida? Déjame en paz, ¿mi tía murió?*

—No quise ponerte en jaque —dice Ivy—. No hay nada de malo con salirse de la universidad.

—Pero no se siente muy bien —comenta Jane.

—Eso no significa que esté mal —le asegura Ivy con un tono reflexivo.

Suena como algo que le diría la tía Magnolia, aunque ella lo diría con tonos de sabiduría mientras que Ivy lo dice como



si fuera una posibilidad que está considerando por primera vez. Han llegado a una puerta al final del pasillo, hecha de tablas sin terminar, con un pesado pestillo de hierro en vez de una manija. Ivy la empuja para abrirla y revela un rellano con puertas de elevador justo enfrente, y escaleras que suben y bajan. Enciende un interruptor en el lugar y la habitación de arriba se ilumina.

—Los áticos del oeste —dice antes de que Jane pueda preguntar—. El taller está allá arriba.

—La señora Vanders dijo que tampoco tenía permitido entrar en los áticos del oeste —comenta Jane—. Dijo que son peligrosos.

Ivy bufa, y luego comienza a subir las escaleras.

—Ven a verlo por ti misma. Si te parece peligroso, no entraremos.

—Bueno —dice Jane, fingiendo ser la rebelde que no es, porque no quiere perder el respeto de Ivy—. Guau —agrega mientras se acerca a una enorme habitación. Está llena de aliñadas filas de mesas de trabajo, casi como un taller de enseñanza. Con altas ventanas y elevados travesaños de madera, es tan grande como toda el ala oeste, llena de los olores del aceite y el aserrín. La lluvia tamborilea contra el techo. A través de las ventanas, Jane apenas puede distinguir el chapitel en el lado este de la casa, perforando las nubes de tormenta.

Es un espacio limpio y abierto, como un granero, sin clavos sueltos o vigas maltrechas. Jane lo recorre con curiosidad con Ivy detrás de ella. Un cofre sin terminar llama su atención. Está hecho de nogal, Jane conoce las maderas. Tiene una cubierta tallada que representa una escena submarina



de cachalotes (Jane también conoce las ballenas). Sobre las ballenas, una chica flota en un barquito de remos, sin pensar en las criaturas que están debajo de ella.

—¿Quién hizo esto? —pregunta Jane.

—Ah —responde Ivy con una expresión apenada pero complacida—. Ese es mío.

—¿En serio? ¿También haces muebles? ¡Es hermoso!

—Gracias. No lo he tocado en siglos. No tengo tiempo para grandes proyectos. Aunque mi hermano y yo terminamos un bote hace poco.

—¿Tú y Patrick hicieron un bote aquí?

—Sí. Uno de remos. Tuvimos que bajarlo al suelo con cuerdas por la ventana. Hay un elevador de carga afuera, y un montacargas —dice Ivy, meciendo una mano hacia las escaleras—, pero después de todo, era un bote.

Un bote de remos hecho a mano. Jane intenta hacer que sus paraguas no dejen pasar el agua, pero no es como que alguien se vaya a ahogar si lo hace mal.

—¿Sacaron el bote?

—Claro —dice Ivy—. Es un gran barquito.

¿Quién construye un bote, en su tiempo libre, con sus propias manos, y luego lo echa al mar y se va remando sin problemas? Probablemente mientras anuncia palabras ganadoras de Scrabble y es atrevida y temeraria.

—Hay una sierra rotativa por ahí atrás —dice Ivy—, y tenemos unos cuantos tornos distintos.

—Gracias —Jane se siente un poco desolada.

—Deberías tomar lo que necesitas.



—Gracias —repite Jane con la esperanza de que Ivy no le pregunte qué necesita.

La casa gime y gruñe, casi como por empatía con los sentimientos de Jane. *Como hacen las casas viejas*, piensa Jane. Se imagina a la casa en posición fetal con la espalda hacia el cielo, temblando alrededor del centro que debe mantener tibio, sosteniendo su piel contra la lluvia que no perdona.

Una pequeña habitación de cristal está cerca de las escaleras. Hay una mesa adentro, sobre la cual está recargada una enorme pintura de un hombre blanco con los ojos caídos y vistiendo una boina con una enorme pluma rizada. Pinceles, botes y luces rodean la pintura.

—¿Alguien es pintor? —pregunta Jane, señalando hacia allá.

—Rembrandt es pintor —dice Ivy, sonriendo—. Ese es un autorretrato de Rembrandt. Es una de las pinturas de la casa. La señora Vanders la está limpiando. Tiene un título en conservación, entre otras cosas. Quizás puedes oler la acetona, es como un olor pungente. A veces lo usa.

—Ah —responde Jane, sintiéndose tonta al no reconocer a Rembrandt—. Claro.

—Esa habitación es su estudio de conservación. Está sellado para que el arte esté protegido del aserrín, y el cristal es de un tipo especial que lo protege de la luz del exterior.

—Guau.

—Sí —dice Ivy con tono comprensivo—. Esta es una casa de verdaderos amantes del arte. Y Octavian tiene más dinero que Dios.

Una puerta al fondo del ático se abre con un sonido de rasguño que sorprende a Jane. Dándose la vuelta, ve un



destello de tapiz amarillo en un cuarto brillante más allá. Un hombre con boca coqueta entra desde ahí, ve a Jane y cierra la puerta rápidamente. Tiene cabello oscuro y rasgos del este de Asia. Va vestido con un traje azul marino y tenis anaranjados.

Camina por la habitación hacia ellas, mientras se quita los guantes de látex de las manos y las mete en sus bolsillos.

—Hola —dice.

—Ey —responde Ivy con una voz despreocupada de nuevo—. Este es Philip Okada —le dice a Jane—. Está de visita por la fiesta. Philip, esta es la amiga de Kiran, Jane.

—Un gusto conocerte —saluda Philip, hablando con lo que parece un acento inglés.

—Igualmente —responde Jane, mirando los guantes que cuelgan del bolsillo de su abrigo.

—Disculpa —dice—. Soy algo así como un germófono y suelo usarlos muy seguido. ¿Cómo conoces a Kiran?

—Fue a la universidad en mi ciudad.

—Ah —él sonríe amablemente y en su rostro se marcan líneas que hacen que Jane piense que debe tener al menos treinta años. ¿Treinta y cinco? ¿O más? ¿Cuándo les salen líneas de expresión a los viejos?

—¿Cómo conoces tú a la familia Thrash? —pregunta Jane, decidiendo que será metiche.

—Por la vida nocturna de Nueva York —dice Philip con una expresión agradablemente desabrida.

—Ya veo —dice Jane, preguntándose exactamente qué significa eso y cómo un germófono se las arregla para estar en la vida nocturna llena de gente. ¿Hay más de lo que muestra?



—Bueno —dice—, te veo luego, sin duda. —Se inclina para darle a Jasper una vigorosa caricia detrás de las orejas. Luego baja por las escaleras, deslizando su mano por el barandal metálico.

—Uno pensaría que alguien que le tiene fobia a los gérmenes evitaría a los perros y los barandales —comenta Jane.

El rostro de Ivy no muestra ninguna expresión.

—Toma lo que necesites —dice, dándose la vuelta—. Nuestro ático es tu ático.

Definitivamente hay más de lo que parece.



Al final, Jane toma una sierra rotativa, un pequeño torno, una lona, unas hermosas varas de abedul, una lata de pintura, una lata de barniz y una mesa de trabajo que tiene una buena altura para su máquina de coser. El taller tiene miles de otras cosas que podría usar, pero ya está lo suficientemente apenada por su riqueza, especialmente dado que necesita hacer dos viajes para bajarlos.

Mientras Jane va balanceando su primera carga, el teléfono de Ivy hace un sonido parecido a uno de los cuernos de *El señor de los anillos*.

—Perdón —dice, echándole un vistazo—. Es Chef. ¿Estarás bien? Deja la mesa. Alguien te la llevará más tarde.

—De acuerdo —responde Jane—, gracias —y se pregunta cuándo volverá a ver a Ivy, pero le avergüenza preguntar.



Jasper sigue a Jane del ático a su habitación una y otra vez, caminando pesada pero alegremente detrás de ella y esperándola pacientemente en la base de la escalera del ático cada vez.

“Me caes bien, Jasper”, le dice Jane.

Su maleta y sus cajas llegaron mientras no estaba. Aún faltan horas para la cena y la tormenta sigue con toda sus fuerzas al otro lado del cristal. En las ventanas de su sala, con Jasper junto a ella, Jane echa un vistazo hacia el exterior, al mundo empapado. Supone que es un día apropiado, un escenario apropiado, para considerar la elaboración de paraguas.

No fueron los colores lo que primero la atrajo a los paraguas, no fue la forma en la que funcionan. Fue la tía Magnolia.

En los días de lluvia, cuando Jane era niña y la tía Magnolia se había ido a un viaje fotográfico a las profundidades del mar, Jane construía un fuerte de paraguas en los jardines y se escondía en su interior. El sonido de la lluvia azotando contra una pieza tensa de tela estirada sobre ella era como estar debajo del agua. Jane podía meterse a su fuerte de paraguas e imaginarse que estaba donde estaba la tía Magnolia.

Los vecinos ancianos, que cuidaban a Jane cuando la tía Magnolia se iba, eran cálidos, atentos y amables, pero eran viejos, y por lo general dejaban que Jane jugara sola. La tía Magnolia le había dado un viejo casco de buzo para que usara dentro de su fuerte de paraguas, para que su propia respiración sonara extraña. A veces, dependiendo del clima, un coro de pequeñas ranas se unía a los otros ruidos. Jane se tendía de espaldas sobre el césped mojado, respirando por la boquilla, escuchando y fingiendo que los paraguas eran medusas.



Y cuando estaba en la preparatoria, y la tía Magnolia había estado tomando fotos en los mares de Nueva Zelanda durante lo que se sintió como un siglo, y Jane se había quedado sola en el apartamento, se descubrió en la clase de arte construyendo una escultura de paraguas. Su maestro había abierto un clóset lleno de diversas porquerías y les dijo a todos que fueran a tomar lo que quisieran e hicieran algo. El clóset tenía varas de abedul, varios alambres y cosas de metal, y un enorme pedazo de tela oscura decorada con luciérnagas. Ese día había estado lloviendo y el agua corría por las ventanas del salón de arte. No fue realmente lo que el maestro de arte quiso decir con “arte”, pero de algún modo había encontrado a Jane, esa cosa chueca y que absorbía el agua con un toldo abierto como un paraguas real. La verdad es que fue un desastre. Hecho de descubrimientos afortunados e infinitos errores. Pero las lágrimas le llenaron los ojos cuando lo miró.

¿Quién puede decir cómo elegimos qué amar? Después de ese primer intento, se lanzó a rebuscar en el armario de abrigos, robó los dos paraguas maltrechos que encontró y luego se dedicó a desarmarlos.

Su tensión se lograba con las ramas que se extendían desde el tronco central y entre ellas, tan lejos una de otra, de hecho, como era posible. Esa separación era lo que hacía que el toldo con forma de domo se mantuviera tenso y en su lugar. ¿Por qué Jane había amado eso, que el espacio lo mantuviera unido? Quién sabe. Pero así había sido, y desarmó todos los paraguas que pudo encontrar y experimentó con fórmulas para impermeabilizarlas, y construyó marcos inestables con los que la tía Magnolia tropezaba o los encontraba apilados



en las esquinas. Se interesó especialmente en las pequeñas variaciones en color y forma. Trabajaba en ellos un poco cada día en ese entonces, casi compulsivamente.

“No hay nada de malo con los amores imprácticos”, le respondía la tía Magnolia cuando les dedicaba tanto tiempo.

Y luego comenzó la universidad y no tuvo tiempo para nada salvo para los trabajos académicos que se sentían como una colina de piedras resbalosas.

“Janie, querida”, decía a veces la tía Magnolia. “¿Cuándo fue la última vez que trabajaste en un paraguas?”.

Las calificaciones de Jane habían sido aceptables cuando su tía Magnolia había estado ahí para ayudarla, pero su tía tuvo muchos viajes ese otoño y Jane comenzó a reprobar Biología. Y luego la tía Magnolia murió. Jane abandonó la facultad. Y los paraguas eran lo único que podía tolerar, casi como si un paraguas perfecto pudiera hacer que la tía Magnolia volviera.

Jane se sienta en el sofá a rayas en su sala, abrazándose el estómago. Jasper entra y se restrega contra sus piernas.

Christopher Robin y Winnie Pooh se van al mar en un paraguas, recuerda Jane. Durante una inundación, para salvar a Piglet.

Quizás, piensa, podría llevar sus paraguas al agua, voltearlos como barcos y enviarlos hacia las olas, cargando la nada. Quizás si se llevaran toda la nada, ella podría quedarse con algo.

“Polución marina ¿eh?”, diría la tía Magnolia ante esa idea. “Esa es tu gran solución, ¿no?”. O “Bueno, holgazanea un momento, luego levántate de ese sofá, deja de autocompadecerte y haz algo útil”.

Bueno, de acuerdo, tía Magnolia, piensa Jane. Me voy a levantar por ti.





Tras respirar profundamente, se levanta y observa la sala.

Coloca la lona en medio de la alfombra afelpada para proteger el lugar donde planea hacer la mayor parte del trabajo pesado, y luego comienza a sacar paraguas de sus cajas y abrirlos. No hay espacio suficiente para todos, así que acomoda algunos sin abrir en el suelo y recarga otros en las esquinas mientras Jasper observa con admiración. Trajo todos los que tenía. No tiene otro lugar para guardarlos; Jane trajo todas sus posesiones a esta casa. Tiene treinta y siete paraguas terminados. Algunos ni siquiera están tan mal. Transforman la habitación en un extraño paisaje con colinas coloridas y con picos.

Al abrir el secreter, descubre que tiene pequeñas gavetas. "Cartas sin responder", "Cartas para guardar", "Estampillas", "Fotografías", "Direcciones" y más. Quita las etiquetas una por una, les da la vuelta y crea las suyas propias: "Pegamentos", "Alambre de níquel plateado", "Alambre flexible", "Broches", "Casquillos", "Adornos de latón", "Cortadores de alambre", "Goznes", "Puntas". Es satisfactorio poner cada uno en su gaveta correspondiente. Jane apila un montón de varas de acero y tela para los toldos sobre la silla del escritorio y las mesitas cercanas. Deja su máquina de coser en el suelo por el momento y luego se lava las manos en el enorme baño con losetas doradas.

Lo último que Jane saca de sus cajas son cinco grandes fotografías enmarcadas, cuatro de ellas tomadas por la tía Magnolia y una por un colega. Los enormes ojos oscuros de un calamar



de Humboldt en Perú. Una foto submarina de ranas cayendo en Belice, con sus patas y sus ancas aferrándose al agua para sostenerse y sus ojos llenos de pánico. Un oso polar canadiense felizmente suspendido bajo el agua, descansando sin preocuparse por el frío.

Estas fotos habían requerido gran paciencia y serendipia. La tía Magnolia nunca hizo nada que asustara a los animales; no los perseguía ni intentaba manipularlos. Más que otra cosa, esperaba. Había sido una espía del mundo submarino, donde las cosas son silenciosas y lentas.

Amaba sobre todo los paisajes submarinos polares y helados. La extrañeza, la dureza, la sensación de aislamiento. Bajo la foto del oso polar había escrito con lápiz “¡Di *¡ho!* por la vida de un oso!”.

Finalmente, había una fotografía de la tía Magnolia, de pie, con su traje de buzo, en el suelo marino de Nueva Zelanda, tocando la nariz de una enorme ballena franca austral que la miraba con tranquila dignidad. La tía Magnolia había quedado muy emocionada por su visita a Nueva Zelanda, donde la vida marina está profundamente protegida por la ley.

“Me da esperanza”, dijo. Así era ella. Tenía esperanza. La tía Magnolia creía que la vida valía la pena.

Jane quita algunas pinturas de las paredes para hacer espacio para la tía Magnolia. Cuando termina de colgar las fotografías, escucha que el radiador hace un sonido metálico que es como un solitario “ponme atención”. Es un sonido triste, pero también acogedor. Jane está conforme con lo que hizo con la habitación. *Quizás, piensa, sí saldrán cosas buenas de esta extraña aventura después de todo.*



Tiene un trabajo a la mitad. Casi está terminado, solo necesita el casquillo apropiado para coronarlo y una tira y un botón para que se mantenga cerrado. Es un paraguas con forma de pagoda que alterna el violeta y el azul con asta y mango rojo. El toldo con forma de pagoda ha sido un reto bastante satisfactorio, pero los resultados se sienten imprecisos y exagerados.

"La verdad, creo que lo odio", le dice a Jasper, abriéndolo ante él. "Y los colores no combinan contigo", dice mientras el perro se mete bajo el toldo. "El rojo en tu pelaje café choca con sus rojos. Oh, Dios. Es terrible".

Jasper parece deprimido.

"No eres tú, Jasper", dice Jane. "Hay rojos que te quedan increíbles. Mira", rebusca entre los paraguas para sacar uno de color café-rosa-cobre con satín que aún se está secando de la última vez que lo usó. "Siéntate debajo de este. Hermoso", dice con una sensación de placer mientras evalúa el efecto.

"Podría haberlo hecho especialmente para ti", busca su teléfono. "¿Te tomo una foto?".

Jane pasa la tarde felizmente fotografiando a Jasper bajo cada paraguas que le queda bien, termina la pieza en forma de pagoda y permite que las ideas para el siguiente paraguas se aparezcan en sus pensamientos.



Jane está tendida de espaldas sobre la alfombra de la sala, pensando en cosas con forma de paraguas para inspirarse, cuando



Ivy entra para llevarla a desayunar. Hongos, pantallas de lámpara, medusas. ¿Campanas? Tazones. Tulipanes. El golpeo en la puerta de entrada finalmente alcanza su conciencia.

—¡Adelante! —grita.

Ivy entra a la sala como una cálida ráfaga alta y roja, que se mete de golpe en los pensamientos sobre paraguas de Jane. ¿Cómo se vería un paraguas de Ivy?

Ivy se detiene sorprendida observando la habitación.

—Mierda —dice—. ¿Por qué tienes tantos paraguas?

—Los hago —responde Jane desde el suelo—. No me preguntes por qué.

—¿Quizás porque son geniales? —responde, metiéndose en el paisaje de paraguas, moviéndose entre ellos, mirándolos más de cerca.

Jane se incorpora, se acomoda la blusa y mira la habitación, intentando imaginársela a través de los ojos de Ivy.

Ivy se acuclilla y estira un dedo para tocar el paraguas de huevo de ave, que es oblongo y de un color azul pálido con manchas irregulares. Conseguir esa forma fue una tarea de pesadilla, porque las varillas tenían que ser distintas en largo y forma al estar abiertas, pero quedarse planas y parejas al cerrarlo. Hubo un momento en el que Jane quiso romper toda la maldita cosa sobre su rodilla. Le alegra no haberlo hecho. Es uno de sus mejores paraguas.

Ivy está pasando un dedo sobre el borde abierto del toldo, con un tacto tan suave y dudoso que Jane lo puede sentir, como un murmullo bajo su piel.

—¿Sabes qué es? —le pregunta Jane.



—Claro —contesta Ivy—. Es un huevo de ave.

La felicidad de Jane es absoluta.

—Es hora de la cena para la familia y los invitados —agrega Ivy—. O sea, tú.



—Ey, ey, Capitán Bombachas —dice Ivy al pasar junto al oso polar en su camino al comedor con Jane.

—¿Entonces es militar?

—No recuerdo, la verdad —responde Ivy—, pero creo que fingíamos que era un explorador polar que le traería sus hallazgos a la reina.

—¿Quién era la reina?

—Yo no —dice Ivy.

Lleva a Jane por las escaleras hacia el recibidor y luego hacia la habitación más grande que ha visto en una casa privada.

—¿Qué es esto? —pregunta, intentando no gritar—. ¿La sala del trono?

Ivy hace un sonido como de risilla.

—El salón de baile. Pero ya me pusiste a pensar cuál habitación elegiría Octavian como su sala de trono. Probablemente la biblioteca.

Jane casi no la está escuchando. Con sus techos altos y su profundidad, el salón de baile brilla con su reluciente madera de caoba oscura.

—¿Los Thrash ofrecen *bales*?



—Las fiestas de gala básicamente son bailes —responde Ivy—. La gente se disfraza y baila vales en habitaciones elegantes, etcétera —luego lleva a Jane por una puerta hasta otra habitación larga, iluminada con candelabros y con una mesa en la que cabrían treinta personas. Cuatro personas (dos hombres y dos mujeres) están acomodadas en la orilla más lejana, con sus voces agudas interrumpiéndose una a la otra. Kiran no está ahí.

Mientras Ivy la lleva hacia ellos, Jane le pregunta:

—¿Comerás con nosotros?

—No —responde Ivy—, yo como en la cocina —pero parece interpretar algo en la expresión de Jane, algo que probablemente la misma Jane no podría articular, pues toma el brazo de Jane debajo del codo y le da un apretón, luego toca una de las sillas vacías para que Jane sepa cuál es el lugar correcto para sentarse. Luego, lanzándole otra sonrisa con un gesto pícaro, desaparece por una puerta de vaivén que está detrás de la mesa.

Jane se sienta y nadie parece notar su presencia. Intenta integrarse y absorber la rápida conversación, que parece ser una discusión sobre una familia que todos conocen personalmente.

—¿No piensas realmente que les hicieron algo malo a sus propios hijos? —dice una mujer negra con acento inglés que tiene un rostro con forma de corazón y cabello corto, oscuro y rizado. Lleva una estrella brillante en cada una de sus orejas, ¿quizás hechas de pequeños y relucientes diamantes? Está junto a Philip Okada, el germófono del ático. Lleva mucha base de maquillaje y sombra de ojos.



—No, solo digo que claramente enloquecieron —dice la otra mujer, blanca, con mejillas rosadas, cabello rubio oscuro y dos hileras de perlas en la garganta. Tiene un acento americano y voz profunda—. La gente hace cosas malas e impredecibles cuando enloquece, así que ¿cómo podríamos saber qué han hecho?

—¿Es un término médico? —le pregunta Philip Okada en tono burlón—. “Enloquecer”.

—Philip —dice con dureza la señora con el collar de perlas—. Los Panzavecchia son nuestros amigos. Dejaron su laboratorio un día y *atracaron un banco*. ¿Por qué elegirían hacer algo así?

—Bueno —comenta la señora con aretes de estrella junto a Philip—, ya has escuchado los rumores sobre el problema con el juego de Giuseppe y la mafia.

—Bueno, pero ¿alguno de ustedes alguna vez vio a Giuseppe Panzavecchia apostar si quiera en una carrera de perros? —dice collar de perlas.

—Pero la gente esconde sus hábitos cuando se convierten en problemas —replica aretes de diamante—. Podríamos no saber cómo es realmente Giuseppe.

—Pero *sí* sabemos cómo es —insiste collar de perlas—. ¿No? Giuseppe siempre está presumiendo sobre sus hijos. O sea, ¿lo han escuchado hablar sobre Grace y sus increíbles fórmulas mnemotécnicas? Grace es una pequeña computadora de ocho años. Giuseppe bien podría morir de orgullo. Quizás, creo que tiene un toque de adicción al juego en alguna parte que está ocultando a todos. Pero ¿elegir mezclarse con la mafia siciliana cuando su vida gira alrededor de esos tres niñitos?



¿Por qué deberíamos creer eso? ¿Solo porque tiene nombre italiano? Eso es ofensivo.

—Entonces, ¿tienes alguna otra teoría? —pregunta aretes de estrella.

—No —responde collar de perlas—. Solo rechazo que los Panzavecchia hayan elegido afiliarse con el crimen organizado. O está pasando algo más en lo que no hemos pensado, o ambos inhalaron algún gas tóxico en su laboratorio y enloquecieron.

La señora Vanders entra por la puerta de vaivén, haciendo que Jane dé un salto sorprendido. Cargando platos y tazones con comida, seguida por Ivy, le echa una mirada furiosa a Jane en una forma que la hace sentir culpable, instantáneamente, antes de que siquiera tenga tiempo de pensar de qué podría sentir culpa. Mientras, sirve en la mesa lo que parece ser un enorme estofado, vegetales asados y una enorme ensalada de pera, y luego sale abruptamente por la puerta de vaivén. Jane lucha por asimilar todo lo que está sucediendo, pues conoce el nombre Panzavecchia. No personalmente, como esta gente, pero por las noticias.

Ha sido la nota principal durante algunos días; de hecho, quizás de una semana. Victoria y Giuseppe Panzavecchia, un matrimonio de microbiólogos de dos acaudaladas familias neoyorkinas, dejaron su laboratorio universitario en Manhattan a la hora del almuerzo un día; intentaron robar un banco y fallaron cuando un cajero particularmente valiente los retó a sacar las armas que no tenían; huyeron del banco; doblaron la esquina y de pronto se desvanecieron en el éter. Prácticamente, en ese mismo momento, su hija, Grace,



desapareció de su escuela privada, y sus hijos, el pequeño Christopher y el bebé Leo, fueron robados de los brazos de su nana en Central Park. El bebé Leo estaba enfermo. La nana acababa de notar que se estaban formando unas manchas en su piel cuando se lo llevaron.

Las noticias también reportaron que la mafia le había advertido a Giuseppe que si no pagaba sus deudas de juego, harían desaparecer a su familia. Y justo eso pasó.

¿Toda esa gente en la mesa *conoce* a los Panzavecchia? ¿Todos los neoyorkinos ricos se conocen entre ellos? De pronto toda la historia parece absurda en el momento en que se vuelve real. Suena como una tonta película de la mafia. Pero si esta gente conoce a los Panzavecchia, entonces Grace y el pequeño Christopher son reales. El bebé Leo es un bebé real. Sus vidas cambiaron de pronto, locamente, en un día. Igual que cambió la de Jane cuando sus padres murieron en un accidente aéreo cuando ella era bebé. Y el día que recibió la llamada sobre la tía Magnolia.

Jane se da cuenta que el comentario de Kiran y la señora Vanders sobre ladrones de bancos, en el carro cuando venían de camino a la casa, había sido un chiste sobre los Panzavecchia.

—¿Todos *conocen* a los Panzavecchia? —dice en voz alta y de inmediato se arrepiente, porque ahora todos la están mirando y puede escuchar la inocente curiosidad en su voz.

—Así es —responde secamente la señora con el collar de perlas—. Soy Lucy —dice, extendiendo una mano—. Lucy St. George. La novia de Ravi, por así decirlo.



—Soy Janie —dice ella, estrechando con incomodidad la mano de Lucy y añadiendo, sin estar segura de su veracidad—: amiga de Kiran.

—Conocí a Janie hace un momento —anuncia Philip Okada a los ocupantes de la mesa—. Arriba. Janie, esta es mi esposa, Phoebe.

La señora con los aretes de estrella le extiende una mano perfectamente arreglada con uñas turquesa.

—Un gusto conocerte —dice.

—Y yo soy Colin —declara la cuarta persona, extendiendo su largo brazo hacia Jane. El novio de Kiran. Jane supone que esperaba a alguien aburrido o insípido o con una apariencia de rico genérico. Pero es un chico delgado y pálido con cabello color arena, ojos amables y unas cuantas pecas que lo hacen verse joven y dulce.

Se escuchan unos tacones azotando contra el suelo de madera y Kiran entra al lugar. Al ver su rostro conocido y molesto, algo en el pecho de Jane se relaja.

Se deja caer en la silla entre Jane y Lucy.

—Perdón —dice parcamente—. Una llamada con mala recepción. Está lloviendo a cántaros. ¿De qué estamos hablando? Janie, ¿ya conociste a todos?

—Fuimos muy corteses y nos presentamos, cariño —dice Colin.

Kiran no mira a Colin ni da señales de haberlo escuchado.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —le pregunta a Jane—. ¿Todos están siendo amables contigo?

—Estoy bien —responde Jane.



—¿Y tú cómo estás, Kiran? —pregunta Phoebe Okada—. ¿En qué andas?

—¿Eso es un eufemismo para “ya tienes trabajo”? —pregunta Kiran.

Phoebe eleva una ceja perfectamente arreglada.

—¿Por qué? ¿Tienes trabajo?

—Creo que ya sabes la respuesta.

—¿No hablas muchos idiomas, Kiran? —comenta Philip Okada—. Podrías ayudar a Colin cuando su trabajo lo haga ir a otros países. ¿No les vendes a muchos extranjeros, Colin?

Kiran le habla directamente al salero que tiene en la mano.

—Quieres que vaya con mi novio en sus viajes de trabajo. Para que mi propósito en la vida sea ayudarlo con su trabajo.

—No quiso decir eso, Kiran —dice Phoebe—. Simplemente sería agradable que tuvieras algo que *hacer*.

—Todos quieren decirme qué hacer —replica Kiran.

La esposa de Philip suaviza su expresión luciendo cuidadosamente neutral. Su maquillaje parece duro, como una máscara; Jane siente que si le diera unos golpecitos en la cara sonaría como el granizo golpeando una ventana. Junto a ella, Philip parece estar limitado a un pequeño rango de expresiones amigables. Entre más beligerante se vuelve Kiran, menos ofendido se ve él. *Son falsos, se da cuenta Jane. Están fingiendo por algo.*

—Kiran estará lista para el trabajo correcto cuando aparezca —dice Colin con firmeza—. Y lo hará excelente.

Kiran no mira a Colin. Sus hombros permanecen tensos y erguidos.

—¿Alguien sabe cuándo llega Ravi? —pregunta.



—Esta noche, tarde —dice Lucy St. George—. Me mandó un mensaje por la tarde. Tuvo una subasta en Providence, luego fue a los Hamptons en su bicicleta. Dijo que alguien lo iba a recoger allá.

—¿Alguien? ¿Patrick? —pregunta Kiran.

—Creo que sí.

Jane se sorprende ante la idea de Ravi desplazándose en bicicleta desde Providence hasta los Hamptons. Debe estar al menos a ciento sesenta kilómetros.

—¿Y de dónde eres tú, Janie? —pregunta Phoebe—. ¿Qué tipo de personas son tus padres?

A Jane la toman por sorpresa.

¿Qué tipo de personas son mis padres?

—Muertos —dice—. ¿Y los tuyos?

—Oh, lo siento —comenta Phoebe—. Mis padres dirigen una corporación de refrigeración en Portsmouth, al sur de Inglaterra. ¿Creciste en un orfanato?

—¿Tú creciste en un refrigerador?

Esto le provoca una carcajada ahogada a Kiran. Jane se ruboriza, sorprendida de sí misma, pero Phoebe centra su atención imperturbable en su ensalada. Cuando se le cae una rebanada de pera sobre la mesa, Philip dice “ups”, la toma con los dedos y se la da en la boca a ella frente a todo mundo. Es ligeramente vergonzoso. Sin mencionar que es un germófono muy extraño.

—Me adoptó la hermana de mi madre —le dice Jane a Lucy St. George y Colin, pues parecen más... genuinos—. Mis padres murieron cuando yo era demasiado pequeña



para recordarlos. Mi tía daba clases de Biología marina en la universidad a la que fue Kiran. También era fotógrafa submarina y conservacionista.

—¿Tu tía ya se retiró? —pregunta Colin.

—¡Colin! —exclama Kiran repentinamente indignada.

—¿Qué?

—¡Estás siendo entrometido! ¡Déjala en paz!

—Lo siento —dice Colin, honestamente confundido—. ¿Dije algo malo?

—Está bien —responde Jane, avergonzada por la explosión protectora de Kiran—. Murió en diciembre durante una expedición a la Antártida. Iba a fotografiar ballenas jorobadas.

—Oh —dice Colin—. Qué terrible. Lo siento.

—Yo fui tutora de escritura de Jane —cuenta Kiran—, cuando estaba en la escuela y yo en la universidad.

—Por Dios —comenta Colin—. Eres una niña.

Ojalá lo fuera, piensa Jane. Si aún fuera una niña, estaría cenando con la tía Magnolia en este momento en vez de con esta gente. En las noches especiales cenaban en la cafetería de la ciudad. La tía Magnolia tenía un hermoso abrigo largo, de un púrpura oscuro e iridiscente con un forro que cambiaba de plateado a dorado dependiendo de la luz. Solía dejárselo sin abotonar, sabiendo que a Jane le encantaba cuando se asomaba el brillo secreto de su interior. Hacía que la tía Magnolia se viera como algo de sus propias fotografías de calamares en las profundidades. Hacía que se viera como algo del espacio exterior.

—¿Alguien ha hablado con mi madre? —pregunta Kiran, lo que a Jane le parece una pregunta extraña para hacérsela a este



grupo. La madre de Kiran se divorció de Octavian Thrash IV hace mucho tiempo.

—¿Te refieres a tu madre o a tu madrastra? —le pregunta Colin—. Charlotte —explica mirando a Jane.

—A mi propia madre, claro —dice Kiran—. ¿Por qué? ¿Has visto a Charlotte?

—Claro que no, cariño. Si la hubiera visto te lo habría dicho —responde Colin, lo cual no tiene sentido para Jane. La boda fue hace poco y Charlotte, la nueva esposa de Octavian, vive en esta casa.

¿Dónde está, por cierto? ¿Dónde está Octavian? ¿No cenar? El aire se mueve golpeando los oídos de Jane. ¿Susurrando una palabra? ¿Alguien en la mesa susurró "Charlotte"? Kiran se restriega despreocupadamente una oreja y Jane hace lo mismo, luego se da cuenta de que está imitando a Kiran. *¿No es algo un poco peculiar?*, se pregunta.

Luego lo olvida.

—Mi madre también es científica, como la tía de Janie —le dice Kiran a Phoebe—, como supongo que sabes. Física teórica. Puede decirte cosas del universo que te mostrarían lo pequeña que eres. Y mi madrastra es una diseñadora de interiores que siempre trabajó para ganarse la vida antes de casarse con mi padre, y es muy buena en lo que hace. Recuerda en casa de quién estás si vas a ser presumida con mis amigos.

Hay una pausa.

—Kiran —dice Colin—, ¿podrías pasarme la sal, por favor?

Es la primera vez que Jane ha visto que Kiran y Colin se miren a la cara desde que comenzó la cena. Colin tiene la



expresión de un hombre decidido a no asustar a una criatura atrapada. Kiran se ve como si estuviera a punto de lanzarle la sal a la cara. Se la entrega en silencio.

Jane siente un golpecillo en su pierna y pasa el resto de la cena pasándole pequeños bocados a Jasper.



Esa noche, un sonido despierta a Jane, la saca de un sueño sobre el bebé Leo Panzavecchia. Está llorando, tiene fiebre. Su rostro angelical está cubierto de terribles verdugones y pústulas; está muriendo.

“No seas tontito, bebé Leo”, masculla Jane. “A todos les da varicela. No vas a morir”.

Por la ventana de su cuarto, la luna brilla no muy alto en el cielo como un gajo de naranja. La tormenta se acabó. ¿Qué la despertó? La casa hizo un ruido, como un gruñido molesto porque la sacaron de su descanso. ¿O ese ruido vino de la misma Jane? Es difícil saber.

Pasan de las cuatro, lo cual es desafortunado, porque Jane nunca puede volver a dormirse cuando ya se despertó. Cuando era niña, la tía Magnolia le acariciaba el cabello diciéndole que fingiera que sus pulmones eran medusas, ensanchándose y vaciándose lentamente mientras se movían por el espacio submarino.

—Tu cuerpo es un microcosmos del océano —solía decirle. Jane se quedaba dormida con la mano de la tía Magnolia en



su cabello, imaginándose que toda ella era el océano, vasto y tranquilo.

Ahora Jane duerme con un sombrero de lana azul de la tía Magnolia que siempre había llevado en sus expediciones polares pero dejó en ese último viaje a la Antártida. Este sombrero solo conoció a la tía Magnolia viva y sana. Raspa y se siente tieso. Jane lo busca entre las cobijas, lo hace una bolita, se lo lleva a la cara y respira. Las medusas son criaturas antiguas. Jane también puede ser antigua y silenciosa.

No. Dormir es imposible. Jane sale de la cama y encuentra una sudadera con capucha para ponérsela sobre su pijama de *Doctor Who*.

¿Cómo es esta casa, se pregunta, en medio de la noche?

Su curiosidad es más fuerte que su nerviosismo.

Mientras sale de sus aposentos, decide que la casa sí está haciendo sonidos de protesta. Gruñidos y murmullos, y algo indefinible, como un eco submarino de la risa de los niños. Pero después de todo, una enorme casa vieja hace sonidos extraños, así que no le da importancia. Y no se da cuenta de cómo reacciona con un gesto de dolor cuando el sonido le lastima el fondo de sus dientes. No siente cómo su respiración se detiene.

Las luces con sensor de movimiento iluminan cada pintura, una por una, mientras Jane avanza por el corredor hacia el patio interior, luego se apagan. Como no se acuerda del Capitán Bombachas, tropieza con su cabeza. Y luego sigue avanzando tras maldecir entre dientes.

El gruñido de la casa abre paso a voces de humanos, reales, distantes y enojadas. Alguien está discutiendo en el patio.



Jane comienza a notar el aroma de una pipa. Cuidadosamente, avanza hasta uno de los arcos con balaústres y se asoma hacia abajo.

Un joven vestido de cuero negro gesticula con un casco de motocicleta hacia un hombre mayor, de unos cincuenta, quizás, que va vestido con una bata de seda estampada y que muere de la pipa que Jane olió. Su color es diferente, el del hombre mayor es blanco y el del joven es café, pero Jane puede ver el parecido padre-hijo en la forma en que sus rostros muestran la ira. Puede escucharlo en sus voces. Este es Octavian Thrash IV y el hermano gemelo de Kiran, Ravi, quien, ahora Jane se da cuenta, no vino en bicicleta hoy de Providence a los Hamptons.

—Tontito —dice Octavian—. Claro que no vendí tu pescadito.

—¿Por qué haces eso? —replica Ravi con molestia—. ¿Por qué te ensañas en hablarme como si fuera un niño?

—Deja de portarte como un renacuajo y dejaré de tratarte como uno —dice Octavian—. Despertar a Patrick a media mañana para que vaya por ti. Despertarme a mí con tu indignación cuando llegas porque una escultura no está donde la dejaste.

—Perdóname por preocuparme por un Brancusi perdido. Y no desperté a Patrick —dice Ravi—. Fue a tomar algo conmigo en la ciudad y se hizo tarde, como siempre pasa con Patrick. A ti tampoco te desperté. Eres un ser de la noche.

—No es excusa para que entres tambaleándote ebrio y desvariando —responde Octavian.

—No estoy borracho —dice Ravi con firmeza—. Y solo quiero



saber por qué el pez de Brancusi no está en el recibidor. No, olvídale, quiero saber por qué no te *importa* que no esté en el recibidor. ¿Entiendes la pieza sobre la que estoy hablando? ¿A la que Ivy solía construirle un reino subacuático de Play-Doh? La dejaste tenerla en su habitación por semanas, rodeada de LEGOS del monstruo del Lago Ness.

—Conozco la pieza —dice Octavian con hartazgo.

—Por Dios, papá, vale millones. ¡Fue tu propia compra! ¿Dónde diablos está!

—Supongo que la señora Vanders pensó que se vería mejor en otro lugar —responde Octavian—. O quizás está estudiando su origen. Entre tú y Vanny, es sorprendente que quede algo de arte en esta casa. Me hizo devolverle un tapiz del siglo XVII a un viejo insoportable en Fort Lauderdale.

—Claro —replica Ravi molesto—. Porque descubrió que era parte de un saqueo nazi conseguido por tu querido abuelo durante el holocausto. Cómo se atreve.

—Es hasta divertido que te pongas todo quisquilloso sobre el origen —replica Octavian—. Sé lo que estás planeando con tu madre. ¿Cómo explicas el origen del arte que ella te provee?

Ravi le echa un vistazo inexpresivo a Octavian. Cruza los brazos.

—No hay razón para hacer un estudio de origen del Brancusi —dice tranquilamente—. Vanny y yo sabemos todos los lugares donde ha estado desde que Brancusi lo creó.

—Bueno, sin duda no piensas que alguien lo robó.

—No sé qué pensar —responde Ravi, pasándose una mano entre su cabello mojado y dándole la espalda a su padre—. No



es tu estilo que no te importe. Solías ser una persona normal, que dormía en horas normales y tenía conversaciones normales, y amaba el arte tanto como yo, y le importaba un carajo.

—Cuida tu lenguaje —dice Octavian con dureza.

—Como sea —responde Ravi—. Al menos te importa un carajo algo. Estoy cansado y tengo frío. Me voy a la cama.

El patio tiene sus propias escaleras interiores a juego en el lado este y oeste que suben hasta el piso más alto. Ravi elige una y comienza a subir.

Tras un momento, su padre se quita la pipa de la boca y dice:

—Bienvenido a casa, hijo.

Ravi deja de subir. No se da la vuelta para mirar a su padre, pero dice:

—¿Cómo está mamá?

—Tu madre está fantástica, claro —responde Octavian—. Siempre lo está. ¿Qué necesitaba Patrick que te tuvo hasta tan tarde? ¿Estaba taciturno de nuevo? ¿Cosas del corazón?

Ravi suelta una discreta carcajada y no responde.

—Ya sabes que es un taciturno silencioso. ¿Cómo está Kiran?

—Tu hermana aún no se ha dignado a visitarme.

—Bueno, pues tú no lo haces fácil, sabes, con tus horas vampíricas. ¿Y Charlotte?

Una corriente toca la garganta de Jane haciéndola estremecerse.

—Tu madrastra sigue fuera —dice Octavian tristemente, levantando la vista hacia el techo de cristal y mostrándole a Jane de pronto de dónde le viene a Kiran su nariz engreída y su



rostro amplio. Luego, Octavian se da la vuelta y camina por los arcos norte hacia una parte de la casa que Jane aún no ha visto.

Ravi sigue subiendo y sus pasos hacen eco. La casa parece quedarse en un suspiro alrededor de la soledad de los dos hombres. Un aliento largo y profundo.

Jane sabe que los aposentos de Ravi están cerca de los suyos en el segundo piso, pero él se detiene en el primero y desaparece en los intestinos de la casa. *Interesante*, piensa Jane, recordando que Lucy St. George se presentó como la novia de Ravi, "por así decirlo". Lo que sea que eso signifique.

Intenta decidir a dónde ir ahora cuando Jasper aparece, haciendo pequeños chillidos hacia ella y saltando.

"Calla", le susurra Jane, inclinándose para tranquilizarlo.

Él se acerca más a la escalera principal que lleva hacia el recibidor y vuelve a chillar. Parece estar intentando llamarla hacia esas escaleras.

"¿Necesitas salir, Jasper?", susurra, acercándose a él y siguiéndolo por las escaleras.

Las luces ya no se encienden mientras Jane se mueve. Está bastante oscuro. Sigue la sombra baja y oscura de Jasper, se aferra al barandal y desea haber puesto más atención adonde estaban los interruptores de la luz antes.

Jasper se detiene en el descanso del primer piso tan de pronto que ella tropieza con él y pierde el equilibrio, golpeándose con el barandal y aferrándose a él mientras ahoga un grito. Cuando se impulsa para volver contra la agradable y sólida pared, Jasper trota para quedar detrás de ella y comienza a cabecear contra sus pantorrillas una y otra vez.



Todos están chiflados, piensa Jane.

"Jasper", susurra, dándole unos manotazos para detenerlo. "¿Qué diablos estás haciendo?"

Frente a ella, en penumbras, Jane reconoce el enorme óleo que estaba admirando antes, la pintura del interior de la casa con el paraguas abierto para secarse sobre el suelo a cuadros. Jasper sigue golpeándola. "¡Basta!", susurra. "¡Detente, chiflando!". Comienza a bajar el siguiente tramo de escaleras, pero él suelta unos grititos urgentes detrás de ella. Ella se vuelve.

"¿Qué? ¿Qué pasa?", pero apenas puede verlo, y cuando vuelve a subir al descanso, el perro ya no está.

Jane sube los escalones, pensando que quizás el perro volvió al segundo piso. Pero de nuevo no lo encuentra. Jane acaba de decidir volver a sus aposentos cuando una figura aparece al otro lado, pasando rápidamente por los arcos opuestos para luego desaparecer de vista.

¿Ravi de nuevo? ¿O quizás Octavian IV?

No. Parecía Philip Okada, el esposo germófono de Phoebe usando calzado deportivo. Jane escucha que una puerta se abre y se cierra, y la reconoce como la puerta del lado de los sirvientes.

¿Qué tiene que hacer Philip Okada en el cuadrante de los sirvientes a las cuatro y algo de la mañana?

Por impulso, rodea el perímetro del patio y se mete silenciosamente en el área de los sirvientes. No hay señales de Philip. La verían si alguien saliera de una habitación. Conteniendo el aliento, camina de puntillas y se propone la loca tarea de apoyar su oreja contra las puertas.



Nada. Puerta tras puerta, lo único que escucha es nada. Los sirvientes de Tu Reviens duermen de forma envidiable. Pone la oreja contra la puerta que sabe que es la de Ivy. Tampoco, nada. Se siente tan aliviada como avergonzada de sí misma. *Casi no la conozco. No es mi asunto qué hace o con quién lo hace y no debería estar merodeando y espiándola. ¿Qué me pasa?* Vuelve al corredor principal, decidida a volver a la cama.

De pronto se abre una puerta y la luz sale de un pequeño pasillo cerca del final del corredor principal. Jane se congela y luego salta a un pasillo cercano y se aplasta contra la pared donde no puede ser vista.

—Tienes que quedarte aquí hasta la fase final —dice una voz profunda que Jane reconoce. Patrick Yellan.

—¿Mientras no sé dónde estoy? —responde la voz con acento inglés de Philip Okada con sequedad—. Pero qué encantador.

—Agradécelo —dice Patrick—. Entre menos información tengas más seguro estás.

—Sí, sí —replica Philip—. ¿A quién no le gustan unas vacaciones misteriosas en una habitación sin ventanas?

—No todos se están tragando la historia que cuentas —añade una tercera voz, esta de mujer, brusca, con acento inglés. Phoebe Okada.

—No te preocupes —responde Patrick.

—¿Cuando involucra la seguridad de mi marido? —dice Phoebe con enojo—. Vete al diablo, Patrick.

—Nosotros nos encargamos —insiste Patrick con dureza.

Las voces van bajando. Jane, no completamente sana de la cabeza, no puede evitarlo: sale de su escondite y dirige una



mirada al corredor. Los tres conspiradores están en la otra orilla, pasando por la enorme puerta de madera que lleva al ático del oeste. Patrick va al frente. Phoebe lo sigue, envuelta en una bata sedosa verde pálido. Philip Okada va a la retaguardia, aún con su traje azul, cargando una bolsa de peluche blanca con patos dorados, y llevando una pistola.

La puerta se cierra detrás de ellos. Jane se da la vuelta y sale del área de los sirvientes con el corazón acelerado. Mientras estuvo en el ático oeste antes, vio un chapitel por las grandes ventanas en alguna parte del ala este. Ahora se pregunta si podría ver hacia el ático oeste desde ese chapitel.

Cuando comienza a rodear el patio interior, Jane se lanza de golpe contra el perro, luego cae sobre él, intentando no gritar ni aplastarlo. Poniéndose trabajosamente de pie, intenta rodearlo, empujarlo, pero él la está golpeando de nuevo y su bajo centro de gravedad hace que se quede en su lugar como un tocón.

—¡Muévete, Jasper! —susurra Jane, y luego accidentalmente le pisa un dedo. Él chillá.

—¡Lo siento! —susurra—. ¡Perdón!

Él ladra.

—¿Osito Jasper? —se escucha una voz que viene desde abajo—. ¿Estás bien? Ven acá, muchacho.

Es Ravi, subiendo los escalones del patio desde el primer nivel.

—Sí —le susurra Jane a Jasper—, ve a ladrarle a alguien que no esté intentando ser sigiloso. ¡Oye! —grita mientras el perro le muerde la pernera del pijama y comienza a jalar. Jane sujeta la



cintura del pantalón mientras se va deslizando por su cadera—. ¿Qué estás intentando hacer? ¿Desnudarme?

—¿Quién demonios eres tú? —dice Ravi detrás de Jane, sin aliento por correr el tramo de escaleras que le faltaba—. ¿Y qué le estás haciendo a mi perro?

—Tu querido perro está atacando mi pijama —responde Jane, sin siquiera voltearse—. ¡Jasper! Basta, ¡o ya no te voy a tomar más fotografías con los paraguas!

—Maldita sea —dice Ravi—, otra rara. No te traje mi madre, ¿verdad? Dios mío, ni siquiera quiero saber de dónde eres.

—Tu hermana me trajo —responde Jane—, y tu perro es el raro.

Jasper, que finalmente soltó a Jane, ahora la observa con desaprobación. Luego se da la vuelta y se va.

—Ese perro puede ser raro —dice Ravi—, pero sigue siendo mi perro.

Volteándose para quedar de frente a Ravi, Jane descubre que esa luz sombría previa al alba le queda bien. Espectacular. Ravi es alto y sólido, eléctrico, con cejas duras y un rostro que parece estar lleno de emociones. También tiene algunos mechones blancos y dramáticos en su cabello, sin duda prematuros, dado que es gemelo de Kiran.

—¿Estás segura de que no fue mi madre quien te trajo? —dice Ravi—. Pareces uno de sus proyectos, no de Kiran.

—Soy mi propio proyecto, gracias —replica Jane con frialdad. Eso consigue una sonrisa sorprendida en el rostro de él.

—Ravi —dice, extendiéndole una mano. Está temblando, pero su mano es cálida.



—Janie —responde ella. Decide no decirle lo de Patrick, los Okada y el arma. No tiene idea de cuál es el papel de nadie aquí.

Comienza a caminar junto a él, recorriendo el corredor este. Él tiene una sonrisa que nunca está a más de unas cuantas palabras y ojos que son cuidadosos de encontrarse con los de ella frecuentemente. Él lleva su casco de motocicleta bajo un brazo. Huele a cuero mojado.

—No has visto una escultura de pez por ahí, ¿verdad? —pregunta—. Se ve más como un pequeño frijol aplastado sobre un pedestal de espejo.

—No me suena conocida —dice Jane.

—Me gusta tu pijama de *Doctor Who* —comenta él—. ¿Qué Doctor te gusta más?

—Me gustan las compañeras —responde Jane automáticamente.

—Claro —dice Ravi—. ¿A quién no? Pero creo que yo me quedo con Diez. Diez es adorable. Y juvenil.

—El Décimo Doctor tenía novecientos tres años —responde Jane altivamente.

—Bueno, sí, pero Diez tenía un espíritu joven —dice Ravi—. Por Dios, ¿dejas que algo se pase de largo?

Antes de entrar en sus aposentos, él se detiene en una puerta poco común que Jane aún no había notado. Es de madera y arqueada, con un tapete que dice **BIENVENIDOS A MIS MUNDOS**. Tiene una pequeña abertura para el correo y una cuerda de campana, y a Jane se le ocurre que quizás podría ser la entrada para el chapitel este.

—Me siento como si estuviera en una historia de Winnie Pooh —declara Jane.



Ravi sonríe de nuevo y dice:

—Esas son unas de mis favoritas. Algún día, en algún lugar, conocer  un Efelante —luego mete su mano dentro de su abrigo y saca una perfecta flor de capuchina. La mete por la ranura para el correo y la deja caer.

Juntos, Jane y Ravi siguen caminando.

—Buenas noches —dice y entra a la habitación justo frente a la de ella bostezando con ganas.

—Buenas noches —responde ella, tanto al Capitán Bombachas como a Ravi, quien ya se ha ido.



No tiene caso intentar dormir más ahora que ha visto lo que ha visto. Philip con un arma. Patrick, que es el hermano de Ivy. Patrick, quien no deja de decirle a Kiran que tiene algo que confesarle, pero nunca confiesa. Ivy, quien palideció ayer cuando Philip estaba cerca, o cuando Jane le preguntaba lo que deberían ser preguntas inocuas.

Jane encuentra un espacio libre de alfombra afelpada amarilla cerca de las ventanas de la sala y se acuesta ahí. Necesita pensar. La luna ahora se ve más pequeña, más alta y más pálida que antes, con una rebanada de manzana.

Lentamente se desliza hasta que ya no la puede ver. El cielo se ilumina y disuelve las estrellas.

Sin importar cuántas veces repase la conversación, no puede entenderla. Philip va a algún lugar y es peligroso. Philip



va a algún lugar, pero ¿no sabe a dónde? Patrick y alguien más han creado una historia que no todos se están creyendo. De acuerdo. ¿Una historia sobre qué?

Phoebe y Philip habían estado fingiendo en la cena; Jane lo sospechaba, y ahora está segura de eso. Fingían que les importaba Kiran y su trabajo. Pretendían que les importaban los Panzavecchia. Fingían que eran snobs sobre Jane y su tía.

¿La historia de los Panzavecchia es la que no todos se están creyendo? Es verdad que Lucy St. George no se la está creyendo. Pero ¿qué pueden tener que ver los Okada y Patrick con un robo de banco, la mafia y un par de *socialités* desaparecidas?

Y también está lo del Brancusi desaparecido. ¿Cómo encaja eso?

De pronto, Jane se pregunta si está siendo naif; si es normal que los ricos en casas elegantes anden por ahí con armas. Después de todo, está en Estados Unidos; a juzgar por las noticias, ¿no es verdad que una de cada tres personas tiene un arma? Quizás lo que es destacable es que ella nunca antes había visto a nadie cargando un arma casualmente.

Pero claro, ¿qué los Okada no son británicos? ¿Los ingleses andan por ahí con armas?

¿Por qué Patrick, que es un sirviente, estaría a cargo de lo que sea que esté pasando? Y si Patrick está a cargo de algo turbio... ¿Kiran lo sabe? ¿Y qué significa eso en relación con Ivy? ¿Sobre todos sus momentos extraños y su deliberada indiferencia?

A Jane la deprime pensar en eso. No quiere tener razones para no confiar en Ivy.



Respira, diría la tía Magnolia. Espera. Deja que se asiente. Las piezas comenzarán a acomodarse y tendrá sentido. Y sé cuidadosa, querida.

¿Cómo se vería un paraguas si fuera un misterio? Se pregunta Jane de pronto. Aún mejor, ¿qué tal si fuera un arma de autodefensa?

El casquillo, las puntas y la varilla serían afilados. Los resortes estarían apretados para que el toldo se abriera duro y rápido como un escudo.

“Y elegiría colores café y dorados que le quedaran bien a Jasper”, masculla

Una hora después, está cortando el diámetro de una vara de abedul con el torno, usando unos lentes protectores y un pesado mandil de lona, cuando escucha que algo explota a través de la puerta de entrada de su habitación. Se levanta los lentes para ponerlos sobre sus rizos oscuros.

Ravi aparece en la puerta de la sala usando unos pantalones de pijama de seda negra y nada más. Es imposible no quedarse mirándolo.

—¿Qué diablos estás haciendo? —grita, entrecerrando los ojos ante la luz—. ¿Sabes qué hora es? ¿Entiendes que yo duermo al otro lado de la pared? ¡Mi madre te trajo desde una dimensión infernal!

—Pareces estar obsesionado con tu madre —dice Jane—. ¿Has considerado ir a terapia?

Él gime, restregándose la cara.

—Nadie creería la verdad sobre mi madre.

—Mm-hm —dice Jane—. ¿Es porque es tu verdad especial?

—¿Qué diablos estás construyendo?

—Un paraguas —responde Jane.



—¿Es broma? —dice, luego mueve su mano en un gesto que señala toda la habitación—. ¿No estás satisfecha con los paraguas suficientes que hay aquí?

—Hago paraguas —dice Jane parcamente—. Es... lo que hago.

Cansado, se frota la cabeza. Su cabello con manchones blancos debe haber estado húmedo cuando se acostó, pues se ha secado en un peinado gracioso, aplastado y levantándose hacia la derecha, como si intentara secretamente señalarle a Jane en esa dirección sin que él lo sepa.

—¿Sabes? Creo que Patrick te mencionó anoche —dice él.

—Patrick habla de muchas cosas —comenta Jane con dureza.

—Quizás a ti —dice Ravi arrugando la nariz—. Conmigo es del tipo fuerte y silencioso.

—¿Nunca... te ha *confesado* nada?

—Qué pregunta más rara —responde Ravi—. ¿Por qué? ¿A ti te confesó algo? ¿Qué no acabas de conocerlo literalmente ayer?

—Sí. Olvidalo.

—Creo que Kiran también te mencionó.

—Guau, debes saber todo sobre mí —dice Jane con un toque de sarcasmo que la desconcierta. Ravi es un graduado universitario y heredero de la fortuna Thrash, pero no la hace sentir como una niña. La hace sentir como si estuviera a punto de hacer algo no muy inteligente.

—¿Me odias o algo así? —pregunta él, sonriendo.

—Estoy trabajando —responde Jane.

—Sí. Haciendo paraguas, a las cinco treinta de la mañana.

—Me estás interrumpiendo.



Ravi mira alrededor de la habitación con curiosidad.

—¿Tú hiciste todos estos paraguas?

—Sí.

—¿Cómo?

—¿A qué te refieres con “cómo”?

—Pues, ¿cómo se construye un paraguas? ¿Cuál es el primer paso?

—No lo sé —comenta Jane—. Puedes comenzar de distintas maneras. No es como que sea experta.

—Como amante del arte —dice—, tengo curiosidad.

—Bueno —responde Jane, confundida—. Supongo que puedes ver si quieres.

Él suspira, luego bosteza, luego se va, luego vuelve, envolviéndose con la manta de la cama de Jane. Se abre paso entre las sierras, partes de paraguas y paraguas hasta el sofá a rayas que Jane ha empujado para dejarlo contra la pared, luego se acomoda. Durante las siguientes horas, alterna entre dormir en el sofá, despertar de malas ante los ruidos de las sierras y hacer preguntas inteligentes sobre cómo se hacen los paraguas.

—¿Cómo evitas que las varillas rasguen el toldo tras abrirlos repetidamente? —masculla, y luego se toma el cabello—. Por Dios. No dejo de soñar con ese maldito bebé Panzavecchia. Ya sabes, el pequeño Leo.

—Inserto un pequeño trozo de tela entre las juntas y el toldo como amortiguador —responde Jane, enfocándose en el trabajo de sus dedos—. Se llama obstáculo.

Él ya está medio dormido de nuevo. Jane nota, a través de su absorción, que su inteligencia desaparece de su rostro



cuando está dormido. Se pregunta si se equivoca en pensar que él no sabe sobre lo de Patrick.

—Y sí —dice ella, hablando para sí misma. Hablándole a la casa, quien le responde con un gruñido—. Yo también he soñado con él.



Ravi sigue profundamente dormido en el sofá cuando el estómago de Jane le informa que es hora de desayunar.

Como no conoce la rutina de desayuno en esta casa, y realmente no quiere enfrentarse cara a cara con alguien preocupante como Patrick o Philip, le envía un mensaje de texto a Kiran, quien probablemente la protegerá.

"¿Desayunamos?"

"Nos vemos ahí pronto. Ve al salón de banquetes", responde Kiran.

Jane encierra a Ravi en la sala para poder cambiarse. *¿Tía Magnolia? ¿Qué me pongo en un día como este?*

Saca una blusa con holanes del color naranja-rojizo de un dragón marino, jeans a rayas blanco y negro como un hipocampo cebra, y sus enormes botas negras. Se enrolla las mangas hasta los codos para que los tentáculos de su tatuaje sean visibles. Sintiendo un poco más valiente, pero con los puños bien apretados, va hacia el salón de banquetes.

Colin, Lucy St. George y Phoebe Okada están al otro lado de la larga mesa, bebiendo café en silencio y comiendo huevos



escalfados y pan tostado. Jane se desliza en un asiento vacío, observando a Phoebe, quien está muy maquillada de nuevo, con grises ahumados en los ojos y los labios de un púrpura profundo. Phoebe le devuelve la mirada con una expresión agresivamente complacida, hasta que, perdiendo el valor, los ojos de Jane vuelven a su plato.

Colin lee un periódico, un periódico físico, real, que hace que Jane se pregunte cómo se entregan los periódicos en esta casa. Detrás de la suave cortina de su cabello color miel, Lucy lee un libro, *La casa de Mirth*, lanzando miradas ocasionales a su teléfono cuando este vibra. Varios extraños van pasando por el salón de banquetes, gritándose unos a otros, cargando elementos de limpieza, cubetas y jarrones, series de luces, una escalera, tirando cosas. La fiesta es mañana. A Jane le sorprende que los invitados parezcan limitarse a este pequeño grupo.

—¿Quién viene a estas fiestas? —pregunta Jane—. ¿Neoyorquinos ricos?

Colin levanta la vista de su periódico.

—Sí —responde con una sonrisa comprensiva—. Pero no solo de Nueva York. Por toda la costa este, y siempre vienen extranjeros.

—¿Cómo llegan aquí?

—Por lo general, en sus propias embarcaciones, aunque Octavian también manda un par de botes para cualquiera de los invitados que los necesiten. Hay personal de temporada también, como puedes ver.

—¿Y dónde está Octavian? —pregunta Phoebe, pasando su implacable mirada a Colin—. No lo hemos visto ni una vez



desde que llegamos. No se iría en un fin de semana de fiesta, ¿verdad?

—Creo que anda merodeando por ahí —dice Colin—. Ravi comentó algo sobre que está deprimido.

—Ah —responde Phoebe—. Qué mal, pero no me sorprende, dada la desaparición de Charlotte.

—¿Charlotte está desaparecida? —dice Jane, sorprendida.

—Pensé que eras amiga de Kiran —comenta Phoebe, enarcando una ceja—. ¿No te dijo que su madrastra está desaparecida?

—Hablamos sobre otras cosas —responde Jane con tono defensivo.

—Kiran puede ser bastante reservada —agrega Colin—, incluso con sus más cercanos. Charlotte se fue de repente hace un mes. Le dejó una nota críptica a Octavian, pero no volvió a escribir, y nadie ha sabido nada de ella.

—Pero ¿a dónde iba? —pregunta Jane—. ¿Nadie la ha buscado?

—No lo dijo —aclarar Colin—. Octavian contrató investigadores y todo, cuando pasaron algunos días y comenzó a parecer que realmente se había desvanecido. Pero no dieron muchos resultados, solo algunas discrepancias sobre su pasado y la insinuación de que su madre podría haber sido una criminal.

—¿Qué clase de criminal? —pregunta Jane tragando con dificultad y sintiendo una incomodidad en sus orejas.

—Una especie de estafadora —dice Colin.

Frotándose las orejas, Jane intenta descifrar cómo podría conectarse esto con las cosas raras que sucedieron anoche. Una



madrastra desaparecida y Philip yendo en un viaje misterioso. Los Panzavecchia, también desaparecidos, igual que la escultura. ¿Y una estafadora en la familia?

—¿Cómo dormiste? —le pregunta Jane a Phoebe de pronto, intentando hacerla decir algo sobre las actividades nocturnas y las armas.

—Mal —responde Phoebe mientras el destello de algún sentimiento, infelicidad o preocupación, le cruza el rostro. La hace parecer ligeramente más suave, accesible, y Jane ve que su maquillaje es un camuflaje para verse brillante y despierta. De hecho, sus ojos tienen arrugas y su rostro está cargado de agotamiento.

—Yo también dormí mal —dice Lucy St. George, levantando la vista de su libro—. Esta casa no me deja dormir. La escucho gemir y suspirar, como si se sintiera sola en esta isla, muy lejos de las otras casas.

Sí, piensa Jane. Alguien más aquí tiene imaginación.

—Vaya que mi Lucy es una poeta —dice Colin.

—¿Tu Lucy? —comenta Jane—. Pensé que tenías una Kiran, no una Lucy.

—Me complace informar que tengo una de cada una —dice Colin, sonriendo—. Kiran es mi novia y Lucy es mi prima.

—¡Ah! ¿Entonces tú también eres un St. George?

—Ay, no —dice Colin—. Soy un Mack. El pariente irlandés pobre.

—Ay, Colin —dice Lucy St. George—. Por favor, no empieces a hablar sobre la Gran Hambruna.

—¿Y por qué no debería hablar sobre la gran hambruna?



—Es de mal gusto —señala Lucy—. Fuiste a los internados y universidades más caras.

—Mi educación fue financiada por el padre de Lucy, mi tío Buckley —le dice Colin a Jane con una sonrisilla maliciosa—. Me estaba entrenando para ser de utilidad.

—Aquí vamos —comenta Lucy poniendo los ojos en blanco.

—Ya veo —dice Jane—. ¿Y eres de utilidad?

—Mucho —responde Colin—. Al menos para el tío Buckley. Es comerciante de arte. Yo le encuentro obras para que las compre y luego encuentro gente rica a la cual vendérselas. Ese también es el trabajo de Ravi.

Jane se pregunta cuánto entrenamiento se necesita para un trabajo así, si es algo que cualquier persona podría hacer si aprendiera lo suficiente.

—Creo que me gustaría tener un trabajo relacionado con el arte —dice con cuidado—, algún día.

—¿Te gustaría? —pregunta Colin—. ¿Tienes buen ojo para el arte o el diseño?

—Supongo que sí.

—¿Eres una persona artística?

—Supongo que sí —repite Jane.

—Puedes enfocarte en una dirección práctica, como la arquitectura —dice Colin—. ¿Alguna vez has tomado clases de bocetos? Espero que estés pensando ya en formas para diferenciarte de los demás. ¿Estás siendo estratégica al respecto? ¿Tienes intereses o habilidades únicos? ¿Cuál es tu marca?

Jane siente el impulso súbito de proteger sus paraguas hechos a mano de las preguntas de Colin.



—No soy tan artística —miente.

—Qué mal. No hay noticias sobre los Panzavecchia —dice Colin, pasando otra página de su periódico.

—Tampoco hay nada en línea —anuncia Lucy—. Me pregunto si alguno de mis contactos sabe algo.

—¿Contactos? —pregunta Jane.

—Lucy es investigadora de arte privada —dice Colin.

—¿Qué es arte privada?

—Es investigadora privada —dice Colin con una pequeña sonrisa—. Los coleccionistas la contratan para que encuentre el arte que les han robado cuando los policías no logran nada. Es muy buena, pese a todo lo que puedas escuchar sobre un reciente percance con un Rubens.

—Ay, Colin —dice Lucy tranquilamente—. ¿Tengo que escuchar historias de mis propios percances en el desayuno? Además, Jane no quiere escuchar sobre las persecuciones a ladrones de arte.

—Creo que sí quiero —comenta Jane, pensando en la escultura de Brancusi desaparecida y preguntándose si esto podría aclarar algo.

Lucy mira a Colin con una indulgencia cansada y luego vuelve a *La casa de Mirth*. Claramente no quiere hablar de eso.

—En las películas —dice Colin mirando a Jane—, siempre es un coleccionista rico quien quiere robarse la *Mona Lisa* o algo así, ¿verdad?

—O un Monet famoso —dice Jane—, o un Van Gogh o el *David* de Miguel Ángel. Quizás incluso lo roban por diversión.

—Exactamente —dice él—. Pero en la vida real, los ladrones de arte profesionales e inteligentes roban obras menos



importantes, menos famosas, de un artista menos relevante. De preferencia, una obra de la que nadie haya escuchado hablar, de un artista que nadie conozca, que cueste cuatrocientos dólares en vez de cuarenta millones. Algo que no tenga un pasado bien documentado, para que pueda reintroducirse al mercado sin despertar sospechas y ser vendido a alguien que no tenga ni idea de que es robado.

—Oh. Supongo que eso tiene sentido.

—Cuando se roban una obra famosa —dice Colin—, como el Van Dyke o el Vermeer que aparece en las noticias, hay poca esperanza de encontrar un coleccionista que la compre. Esa imagen por lo general termina pasándose de criminal en criminal como colateral en el tráfico de drogas.

—¿En serio? —dice Jane, sorprendida.

—En serio.

—Pero ¿a los narcotraficantes les importa el arte?

—Les importan las alternativas al dinero en efectivo —dice Colin como si fuera obvio.

—No entiendo lo que eso significa —confiesa Jane.

Colin sonríe. Jane nota que está disfrutando ser el que sabe.

—El lavado de dinero es un negocio complicado —dice él—. Es cada vez más difícil para los criminales mover efectivo sin que los atrapen. Pero el arte es fácil de mover, y cuando es robado, está en todas las noticias cuánto vale. Muy conveniente para mí, si tengo un famoso Rubens robado y quiero intercambiarlo por mucha droga. O si necesito un préstamo para comprar las drogas, pero mi prestamista requiere una garantía. Una pintura famosa es una excelente garantía.



—¿No crees que ya lo explicaste de forma suficientemente detallada, Colin? —dice Lucy con dulzura mientras mantiene la nariz aún enterrada en su libro—. Quizás te gustaría llevar a Jane de excursión.

—Tú eres la que deberías hacer eso, primita —dice Colin—. Es tu mundo, no el mío —eleva una ceja mirando a Jane—. No le digas a nadie, pero a veces Lucy tiene que meterse de incógnito en el mundo de las drogas.

—¿Voluntariamente? —pregunta mirando a Lucy, quien lee su libro tranquilamente, pareciendo, ante los ojos de cualquiera, como alguien que debería estar en un sillón tejendo carpetitas y comiendo bollos esponjosos. Esta mañana de nuevo lleva perlas alrededor de su cuello y en las orejas.

—Mm-hm —dice Colin—. Por lo general, la única forma de recuperar una obra de arte es plantar una trampa.

—¿Haces eso? —pregunta Jane a Lucy—. ¿Qué finges que eres? ¿Narcotraficante? ¿Cómo te *vistes*?

—Colin —dice Lucy, dejando su libro y mirando a su primo con ojos tranquilos—. Voy a invocar mi posición como la ruda de la familia y decirte que es hora de que te calles la boca.

—Pero, Lucy —pregunta Jane—, ¿esto significa que anoche durante la cena, cuando dijiste que no podías imaginarte que los Panzavecchia se involucraran en el crimen organizado, sabías de lo que estabas hablando? O sea, ¿por *experiencia*?

—Sí —asiente Colin, mirando a su prima con un gesto divertido—. Lucy sabe de lo que está hablando. Ha conocido a algunas de esas personas.

—Colin —dice Lucy con un tono de advertencia.



—Bueno, no veo razón para no creerlo —comenta Phoebe—. Si Lucy finge ser traficante y tiende trampas encubiertas, ¿por qué Giuseppe no podría deberle dinero a los mafiosos?

—Claro —dice Lucy con tono frustrado y sarcástico—. Por qué no.

—Lucy recientemente logró interceptar un Rubens robado —explica Colin con tono amable—, en las Poconos. Dio una enorme pila de heroína a cambio y, cuando tuvo el Rubens en mano, llamó al FBI, quienes arrestaron a los malos. Fue un gran triunfo. Luego, un ladronzuelo de autos cualquiera la detuvo y le robó el Rubens antes de poder entregárselo al FBI. Bastante vergonzoso. La ha puesto un poco sensible. ¿Ravi ya te conoció? —le pregunta a Jane, cambiando abruptamente de tema—. Le vas a caer bien.

—¿Qué? ¿Por qué le caería bien a Ravi? —responde Jane, confundida, y luego súbitamente mortificada, recordando que Lucy es la novia de Ravi y Ravi está dormido sin camisa en su sofá.

—Oh, le gusta la variedad —dice Colin.

—¡La variedad! —dice Jane mientras Lucy se tapa la boca para no decir nada y se queda ahí con una expresión sorprendida y herida. ¿Por qué Colin le está mandando indirectas a Lucy?

»Estoy segura de que Ravi no me pondrá atención —añade—. No soy nadie.

—Ya veremos —dice Colin.

Lucy se pone de pie, envuelve su libro con una mano y toma con la otra su teléfono, y sale sigilosamente de la habitación.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunta Jane.



—¿Qué hice? —pregunta Colin.

—Intentar que tu prima sienta celos de mí.

—Es una cosa de familia —dice con una expresión benevolente—. No te preocupes por eso.

—Bueno, pero no me uses como una de tus armas.

—Buena chica —dice Phoebe secamente, asintiendo hacia Jane, sorprendiéndola tanto que solo puede responderle sosteniéndole la mirada.

—Puedo ver que me están atacando en grupo —dice Colin—. ¿Dónde está Philip esta mañana, Phoebe?

—A Philip lo llamaron durante la noche —responde Phoebe, con una línea de preocupación apareciendo en el centro de su frente.

Los ojos de Jane están fijos en el rostro de Phoebe.

—¿Lo llamaron? —pregunta—. ¿A dónde lo llamaron?

—A su trabajo —dice Phoebe.

—¿Qué hizo, se fue nadando hasta tierra firme? —pregunta Jane.

—Philip sabe cómo manejar un bote. Los Thrash tienen muchos botes. Es algo que pasa. Es médico.

—Oh —dice Jane, imaginándose a Philip Okada de nuevo con guantes de latex en las manos—. Su germofobia debe dificultar su trabajo —agrega, buscando respuestas.

—Su germofobia —repite Phoebe con gesto confundido.

—Sí —comenta Jane—. Él mencionó su germofobia.

—Es algo que apenas comenzó —dice Phoebe.

—¿Desde cuándo? —pregunta Colin—. No sabía que era germóforo.



—No es algo poco común para los médicos —declara Phoebe—. No le gusta hablar de eso.

—¿Qué clase de médico es? —pregunta Jane.

—MF —dice Phoebe.

—Ya veo —comenta Jane—. ¿Eso no significa médico familiar?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —dice Jane—. Solo lamento que no haya otro doctor que pueda cubrirlo mientras está de vacaciones. O sea, sería otra cosa si fuera el único doctor en el mundo que pudiera reconectar un cerebro con su médula espinal, pero muchos doctores son MF.

—Mi esposo es muy entregado a sus pacientes —dice Phoebe—. ¿Estás menospreciando su trabajo?

—Ay, Phoebe —dice Colin—. Estoy seguro de que no es eso. ¿Comiste suficiente? Ten. Come algo de fruta.

—Lo siento —dice una nueva voz, hablando con un ligero acento que Jane no puede definir con seguridad.

Todos se giran para mirar hacia el hombre oriental con cabello sal y pimienta que viene de la cocina y se detuvo justo al cruzar la puerta.

—Siempre olvido cuál es el camino hacia el recibidor —dice, apretando una cubeta contra su pecho. Jane asume que es parte del equipo temporal que está limpiando para la fiesta.

—Es por allá —indica Colin, señalando hacia una salida al otro lado de la habitación—. Pasa por el salón de baile y luego toma la segunda puerta a la izquierda.

—Gracias —dice el hombre y desaparece por la salida.

En ese momento, la puerta de la cocina se abre para revelar



a la señora Vanders, quien mira directamente a los ojos de Phoebe.

—Muy bien —dice Phoebe—. Ya terminé mi desayuno.

Cruza la habitación con fuertes golpes de sus botas con altos tacones y toma la misma salida que el mozo.

La señora Vanders se queda en la puerta de la cocina y envía otra expresión impenetrable a Jane. Luego se da la vuelta y se va.

Kiran nunca apareció para el desayuno. Colin está siendo insensible con Lucy. Phoebe miente sobre su esposo y casi parecía como si hubiera seguido intencionalmente al sirviente. Jasper no le gana a estas personas.

Jane termina su desayuno. Luego va directo por la puerta contigua hacia la cocina. Es hora de preguntarle a la señora Vanders qué esconde detrás de su mirada.



Pero la señora Vanders ya no está.

El *señor* Vanders está ahí, sentado en la enorme cocina, dándole la espalda a Jane, encorvado sobre un montón de planos desordenados en una mesa larga. Planos normales, no como los detallados de Ivy. Está mascullando con enojo.

Patrick lleva una montaña de huevos y una olla de agua hirviendo hacia una cocina gigante con unas doce hornillas. Se restriega los ojos y bosteza, sin duda porque primero él y Ravi estuvieron afuera hasta muy tarde —hablando de sus penas, ¿no?— en tierra firme, y luego se metió a hurtadillas en la casa



con los Okada hasta el amanecer, siendo misterioso. Jane nota que la quijada de Patrick es fuerte y elegante. Probablemente se ve como un héroe de las hermanas Brontë cuando está melancólico.

—Fuera hasta las cuatro de la mañana con Ravi, dos noches antes de la gala —gruñe el señor Vanders—, y todos nosotros agobiados por encontrar esa maldita cosa. Estás en deuda con Chef, jovencito.

—¿Y qué tal si le pago preparándole el desayuno esta mañana? —dice Patrick con amargura. Luego ve a Jane cerca de la puerta—. Janie. ¿Estás buscando a Kiran?

Cuando el señor Vanders escucha las palabras de Patrick, se da la vuelta, se levanta de la mesa y observa a Jane en la misma forma en que lo hace su esposa, salvo que él lo hace desde un rostro oscuro y bajo unas cejas blancas y despeinadas. Jane puede imaginarse su foto de bodas, los dos mirando con enojo y con gestos devastadores. Luego su mirada recorre el ecléctico atuendo de Jane.

—Estoy buscando a la señora Vanders —declara Jane.

—Podría tener algo del estilo de su tía Magnolia —anuncia con tono molesto el señor Vanders—, pero ella tenía una sutileza que a usted le falta.

Jane queda impactada.

—¿Conocía a mi tía Magnolia?

Él mece un bolígrafo con gesto impaciente.

—Mi esposa desea explicárselo ella misma —dice—. Creo que fue a nuestros aposentos. La cuarta puerta a la derecha. Está ahí, o bien en el segundo piso, ala este, comenzando a hacer



su inventario diario de arte. O está encargándose del personal matutino, lo cual la puede llevar a cualquier lugar de la casa.

—Qué útil —responde Jane.

—Hmmm —dice él—. Su tía no era sarcástica.

En la distancia comienza a escucharse un sonido, como una tetera silbando. Tartamudea, fluctúa, de modo que es difícil saber de dónde viene, ¿de las ventilas en las paredes? ¿De las hornillas de la estufa? En el momento exacto en el que Jane reconoce el sonido como un niño llorando, se convierte en una especie de risa loca y ella aprieta los dientes.

—¿Qué es eso?

—Creo que es obvio que es un niño —dice el señor Vanders.

—¿Hay muchos niños aquí?

—Hay mucho personal —responde él—. La mayoría de la gente en esta vida tiene hijos.

—Vi a una niñita cavando en el jardín ayer —dice Jane.

El señor Vanders se queda inmóvil. La sorpresa le ilumina el rostro, pero se desvanece tan rápidamente que Jane se pregunta si se lo imaginó. ¿Qué podría ser tan importante sobre una niñita cavando en el jardín?

—¡Habla con la señora Vanders! —casi ordena señalando con su pluma hacia la salida.

—Ya, bueno. Espero que sea mejor conversadora que todos los demás en esta casa —masculla Jane mientras se da la vuelta, sorprendida con la forma en que algunas personas que se ha encontrado aquí, como la señora Vanders, Ravi, Phoebe, Colin, provocan su lado más sarcástico, pero también el más honesto. Jane podría no estar cómoda en esta casa, pero



se pregunta si quizás la casa la hace sentirse cómoda con ella misma. Casi se siente como si se estuviera reencontrando consigo misma tras una larga ausencia. ¿Tía *Magnolia*?

»Por cierto —añade Jane en voz más alta mientras se acerca a la puerta—. Yo soy la sultana de la sutileza.

—No creo que haya una sultana de la sutileza —comenta Patrick despreocupadamente a sus espaldas—. Más bien es una oficina con ministros y espías.



En el recibidor, un equipo de mujeres arrastra unos bastones de lilas, cortándolas y acomodándolas en floreros. Jane sube rápidamente los escalones, intentando alcanzar una altura donde el aroma sea menos abrumador. Cada primavera su ciudad universitaria se llena con el aroma de las lilas. Es imposible separar ese olor de la tía *Magnolia*.

Se detiene en el primer piso y nota que alguien ha puesto enormes buqués de narcisos entre los brazos a las armaduras. Jasper está en el descanso opuesto de nuevo. Está parado frente a esa alta pintura de la habitación con el paraguas, mirando a Jane y lloriqueando. Ella avanza por el puente sobre el recibidor, pensando en acariciar a Jasper, pero luego el sonido del obturador de una cámara suena desde algún lugar en lo alto.

Jane sabe quién es. Se asoma y estira el cuello para encontrar a Ivy en el puente de arriba. Tiene el estómago apoyado contra el barandal y parece estar fotografiando el recibidor.



Por un segundo, Jane considera fingir que no la vio. Si no le habla a Ivy, no tendrá que pensar en si está involucrada en algo malo.

Luego Ivy baja su cámara y ve a Jane. Se inclina más sobre el barandal y sonríe.

—Hola —dice.

—Hola —responde Jane con desconfianza—. ¿Qué haces?

—Tomo fotografías.

—¿De qué?

—Espérame ahí —dice Ivy, luego se yergue y sale del campo de visión de Jane.

Un momento después, entra en el puente de Jane. Lleva un suéter azul maltrecho y leggings negros, y de nuevo huele a cloro o quizás a mar. Se ve como el mar. Hermosa, despreocupada y llena de secretos.

—¿En qué andas? —pregunta Ivy.

—Estoy buscando a la señora Vanders —responde Jane—. ¿Por qué estás tomando fotos del recibidor?

—¿No te dije? Estoy fotografiando el arte —dice Ivy, y luego abre la boca para decir más, luego la cierra, con un gesto cuidadosamente casual, y Jane sabe de inmediato, gracias a algún instinto que le acaricia la piel de la garganta, que lo que sea que esté sucediendo, Ivy está involucrada.

—¿Ivy? —dice con el corazón encogido—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa de qué? —pregunta Ivy—. Mira —le muestra la cámara a Jane, repasando la última docena de fotos. Cada imagen tiene una u otra obra de arte de la casa, aunque muchas piezas están obstruidas por miembros del equipo de limpieza



para la fiesta. Jane ve a las mujeres acomodando las lilas y el hombre que llevaba los botes que se apareció en el desayuno por la mañana. Este hombre aparece en distintas fotos, y el arte se pierde en el fondo.

—Debe ser difícil enfocarse en el arte cuando la casa está tan llena de gente —dice Jane, volviendo a intentarlo.

—Sí.

—¿Por qué estás tomando fotos de las obras?

—Para la señora Vanders —dice Ivy con ese tono falso y despreocupado—. Para ayudarla a catalogarlo.

—¿Ivy? —Jane muere de ganas de preguntarle si realmente está tomando fotos de las obras o si, por alguna razón, podría estar tomando fotos de la gente.

—¿Sí?

—Nada —dice Jane, tragándose la frustración—. Es solo que me parece que algunas de las personas de esta casa actúan de forma extraña.

—¿En serio? ¿Como quién?

Como tú, con ese tono de falsa inocencia, quiere responder Jane. Se pregunta qué pasaría si le dijera a Ivy que vio a Patrick y los Okada.

—La señora Vanders, por ejemplo —responde—. No deja de lanzarme miradas raras.

—Lo hace con todo el mundo —aclara Ivy.

—Claro —dice Jane con un toque de sarcasmo que no puede ocultar—. Estoy segura de que todo es absolutamente normal.

Ahora Ivy está observando a Jane con los ojos bien abiertos por la sorpresa.



—¿Janie? —dice—. ¿Pasó algo?

—Buenos días a las dos —saluda una voz detrás de Jane.

Kiran está en el descanso, a punto de bajar los escalones hacia el recibidor.

—Disculpa, Janie —dice ella—. ¿Desayunaste?

—Sí.

—Hola, linda —saluda Kiran, lanzándole una rápida sonrisa a Ivy—. ¿Cómo estás hoy?

—Bien —responde Ivy distraídamente, aún observando a Jane con una mirada de confusión—. Patrick ya volvió. Probablemente te está buscando.

—¿Mmm? —dice Kiran, cargando ese monosílabo de desinterés. Comienza a bajar las escaleras. Justo cuando sus pies tocan el suelo cuadriculado del recibidor, Ravi aparece en lo alto de las escaleras.

Uno tras otro, los sirvientes en el recibidor se giran para mirarlo y luego sonríen. Se ha bañado, rasurado, y va descalzo y vestido de negro. Ahí arriba, con esos manchones blancos en su cabello que lo hacen parecer mayor de lo que es, se ve sofisticado. Es difícil no sonreírle. Kiran estira el cuello hacia él, con su rostro bañado de luz. Cuando él la ve, comienza a bajar las escaleras, canturreando su nombre, dando saltos y corriendo. Al alcanzarla, la envuelve en un abrazo que hace que Jane desee que tuviera un hermano gemelo.

Luego los ojos de Ravi observan todo el lugar y encuentran a Jane y a Ivy paradas en el puente.

—Me cae bien tu amiga —le dice a Kiran, lo suficientemente alto para que Jane lo escuche.



—Compórtate, Ravi —le advierte Kiran con tono regañón.

—Hola, Ivy-frijolito —le grita Ravi a Ivy, lanzándole una sonrisa.

—Hola, Ravi —Ivy le grita, con una sonrisa enorme y real. Y luego agrega con tono travieso—: ¿Cómo está tu novia?

—Perfectamente consciente de que soy un imán sexual —dice.

—Solo no te olvides de mis poderes —dice Ivy tras soltar un resoplido, y luego agrega hacia Jane—: Ravi y yo bromeamos con que soy una bruja.

—Pensé que solo usabas tus poderes para el bien —dice Ravi.

—*Bien* es una palabra muy enigmática —replica Ivy.

—¡Oh, por Dios! —exclama Ravi—. ¡Alguien te ha corrompido! ¡Escondan los grimorios!

—Votemos en la casa y veamos quién cree la gente que es más susceptible a ser corrompido, tú o yo.

—Oh, diablos —dice Ravi—. Sabes que solo porque la mayoría lo crea no significa que sea verdad.

—¿La *mayoría*? Bah. Será unánime.

—Eso tampoco lo hace verdad.

—Escucha, lo único que digo es que Lucy parece una dama agradable. Así que no te olvides de mis poderes.

—Entendido. Cuando mis testículos se sequen y se caigan, sabré a quién...

—Ay, por Dios —los interrumpe Kiran—. No me hagas imaginarme tus testículos, Ravi.

—Ven a ver a mamá —le dice Ravi a Kiran.

—¡Por *Dios*! ¿Pasaste de tus testículos a nuestra madre?



—Es la otra mujer con más posibilidades de amenazar mis testículos —dice Ravi—. Ven a desayunar y luego acompáñame a visitar a mamá.

—No estoy de humor para sus muchas realidades —comenta Kiran—. Hace que la cabeza me dé vueltas.

—No la puedes evitar para siempre —le recuerda Ravi—, ni a papá tampoco. Por cómo suenan las cosas, parece que también a él lo estás evitando.

—Bueno —dice Kiran dulcemente—. Entonces deberías considerarte halagado de que no te esté evitando a ti.

—Soy irresistible de nacimiento, no puedo tomar el crédito por eso —responde Ravi. Luego, sus ojos van hacia el punto bajo el puente en el que están paradas Jane e Ivy. Su rostro se vuelve serio—. Hola, hombre —le dice a alguien que Jane no puede ver. Besa a su hermana en la mejilla y luego pasa por una de las puertas que llevan, entre otros lugares, al salón de banquetes.

La persona a la que Ravi saludó tiene buenos hombros que Jane reconoce desde arriba. Mientras Patrick entra al recibidor hacia Kiran, su ancha espalda cubierta por una camiseta apunta hacia Jane, así que no puede saber qué expresión tiene en su rostro, pero sí puede ver la de Kiran. Es una con la que Jane se está familiarizando mucho: una dureza medida. El muro de Kiran. *Y tiene razón en protegerse, piensa Jane. Patrick miente.*

Patrick se detiene frente a Kiran.

—Oye —dice—. ¿Estás bien?

—Sí —responde Kiran, luego pasa la mirada hacia Jane e Ivy alertando a Patrick, quien echa una mirada sobre sus hombros y las ve en el puente.



Jane finge cautelosamente mirar hacia otro lado por un momento y luego, en cuanto Patrick desvía la mirada, vuelve a observarlo.

—Y entonces —dice Patrick volviéndose hacia Kiran de nuevo—. ¿Vas a desayunar?

—Sí —responde Kiran.

—Saluda a tu elegante novio de mi parte.

—Patrick —dice Kiran—. Basta.

—Imagínate si pudiera decirte eso y tú hicieras lo que te pedí. “Kiran, basta”.

—No voy a tener esta conversación aquí.

—De acuerdo —dice Patrick con dureza, luego se da la vuelta y se va caminando con rapidez hacia el ala este.

Kiran lo observa con los puños bien apretados. Su frágil máscara se está cayendo. De pronto se lanza por el suelo a cuadros para seguirlo, con sus tacones azotando sobre el mármol como disparos y se pierde de vista.

Jasper, que aún está sobre el descanso del primer piso, comienza a saltar y dar pequeños gritos frente a la pintura alta. Es como si estuviera poseído por un canguro rabioso.

—¿Qué pasa con esta casa de raros? —le pregunta Jane a Ivy.

—Pero ¿de qué hablas? —dice Ivy con tono burlón.

—¿Kiran y Patrick tienen alguna clase de historia?

—Algo así. Se aman. Pero es complicado. Por el momento, diría que tienen incompatibilidades fundamentales.

—¿Te refieres, por ejemplo, a que Kiran tiene novio?

—No —dice Ivy con una cierta certeza en su voz—. Creo que los problemas vienen más del lado de Patrick.



—Porque anda por ahí a hurtadillas y mintiendo —dice Jane.

La alarma de Ivy se marca en todo su cuerpo que se tensa y sus ojos van directo a los de Jane. Luego comienza a hablar, llenando el silencio, como para evitar que Jane diga algo más.

—Creo que Kiran está con Colin porque intenta seguir adelante, en realidad. Es bueno con ella, la cuida. Como una vez, antes de que Colin y Kiran comenzaran a salir, Octavian estaba criticando a Kiran en la cena por ser triste, llorona y desempleada. Colin lo miró directamente y le dijo a Octavian que no había vergüenza alguna en estar triste o sombrío o desempleado, si eso es lo que eres. Lo dijo con ese tono completamente razonable que te hace sentir que serías un imbécil si lo discutes. Octavian se metió su pipa en la boca y dejó la mesa.

—Ah —dice Jane, intentando enfocarse en la conversación en vez de en su propia miseria—. ¿Supongo que la mayoría de la gente no le habla así a Octavian?

—Octavian puede ser duro con Kiran y Ravi —responde Ivy—. Colin encontró la manera de ponerlo en su lugar sin ser grosero. Kiran nunca ha sido capaz de hacer eso.

—¿Y qué pasa con Ravi y Lucy? ¿Cómo fue que terminaron juntos?

—Han tenido algo entre ellos desde que se conocieron, hace unos dos o tres años —explica Ivy—. Son muy cercanos, luego pelean, luego son cercanos de nuevo. Es difícil saber qué tan serio es.

—No parece un chico que sea serio con nadie.

—Oh, siempre finge ser así.

—¿Está fingiendo?



—Supongo que no puedo estar segura —dice Ivy—. Pero no creo que realmente la engañaría. Ravi es bastante leal.

—¿No es algo joven para ella?

—Sí —dice Ivy—. Él tiene veintidós y emocionalmente anda por los doce. Ella tiene treinta.

—¿A Ravi le gustan las mujeres mayores?

—Ravi se siente atraído hacia todos —dice Ivy—, panópticamente. Jane no conoce esa palabra.

—¿Panópticamente?

—Todo incluido —responde Ivy sonriendo.

Jane entiende lo de sentirse atraída hacia distintos tipos de personas. A hombres y mujeres, a personas de diferentes formas y tamaños, estilos, personalidades; entiende lo de no tener un tipo. Pero sin duda hay ciertas cualidades que prefiere. Por ejemplo, el conocimiento de palabras grandes que ella no conoce; esa es una cualidad atractiva.

—¿En serio a cualquiera? —dice Jane—. ¿Cualquier persona viva?

—Bueno, no es un pedófilo. Y no le gusta el incesto —aclara Ivy—. Y sabe que yo lo castraría si se me acercara. Pero tiene su forma de ver lo que es hermoso en todas las personas.

—¿Se siente atraído incluso a la señora Vanders?

—Espero que lo que sienta por ella sea más como algo de una madre a un hijo —dice Ivy soltando una risita—. No voy a pensar ni un poco más en eso.

—Bueno, ¿y qué hay de tu hermano?

Ivy aprieta los labios.

—En el caso de Patrick tenemos que hacer una distinción



entre atracción e intención. O sea, Ravi tiene principios. No consideraría a Patrick de esa forma, no en serio. De cualquier modo, no es algo que podría pasar, porque Patrick es hetero. Pero fuera de eso, Ravi no se metería ahí, porque cree que Kiran debería estar con Patrick.

Hay mucha información por archivar y preguntas que Jane quiere hacer, pero no puede porque no son realmente relevantes. Como ¿Ivy es hetero? ¿Y por qué es tan fácil hablar con ella? Incluso cuando no deja de cambiar intencionalmente hacia una versión diferente y poco sincera de sí misma.

—¿Ivy? —dice Jane.

Luego, cuando Ivy responde con un sonido como *¿hm?*, Jane suspira y dice:

—Olvidalo.

—¿Eso es una medusa? —pregunta Ivy—. ¿Lo que se asoma bajo tu manga?

—Sí —responde Jane sintiéndose conmovida y tímida de pronto.

—¿Puedo verla?

Jane se enrolla la manga hasta el hombro con cuidado. Los largos y detallados brazos y tentáculos de la medusa, y luego su cuerpo dorado quedan a la vista, anclados en su piel.

—Mierda —suelta Ivy con voz asombrada. Estira la mano y dibuja el fondo de la campana con un dedo—. Es *hermoso* —dice—. ¿Tú lo diseñaste?

¿Por qué la admiración de Ivy hace que a Jane le dé tanta tristeza que le esté mintiendo?

—Está basado en una foto que tomó mi tía —dice—. Mi tía



Magnolia. Ella me crio. Luego murió. ¿Quizás ya lo sabías? Era fotógrafa submarina. Solía enseñarme cómo respirar con los movimientos de una medusa —es un trabalenguas ridículo, pero Ivy sigue tocando a Jane y Jane necesita que ella sepa todo, cada una de sus partes.

Ivy retira su dedo y frunce el ceño.

—¿Ivy? —dice Jane.

—Ivy-frijolito —dice una voz profunda y rasposa. Es la señora Vanders que viene con pasos grandes y apresurados hacia ellas—. ¿Dónde está Ravi?

—Creo que está desayunando —responde Ivy con voz ronca y los ojos puestos en su cámara.

—Lo necesito —dice la señora Vanders—. Necesito que se ponga frente al Vermeer.

—¿Por qué? —pregunta Ivy—. ¿Le pasa algo al Vermeer?

—Solo quiero que se pare frente a él —dice la señora Vanders— y que no note nada malo al respecto, para que yo pueda dejar de preocuparme sobre esa maldita cosa y concentrarme en el millón de tareas alrededor de la fiesta. Envíalo conmigo, ¡pero no le digas nada! Tú —dice, entrecerrando los ojos sobre Jane—. Tengo cosas que decirte.

—Me ha dado esa impresión —responde Jane—. ¿Podemos hablar ahora?

—Estoy ocupada —replica la señora Vanders—. ¡Búscame! ¡Y no le digas nada a nadie! —se da la vuelta y vuelve por el mismo camino por el que llegó.

—¿Ivy?

—¿Sí?



—Hace rato, en la cocina, el señor Vanders dijo que conoció a mi tía Magnolia.

—¿Sí?

—¿Tú *conocías* a mi tía Magnolia?

Ivy abre la boca para responder, pero antes de que pueda decir nada, la señora Vanders asoma la cabeza por la entrada del puente de nuevo y grita "¡Ivy! ¡Basta de procrastinar! ¡Busca a Ravi!".

Ivy toma uno de los brazos de Jane justo donde los tentáculos de la medusa llegan a su hombro. La aprieta con tanta fuerza que la lastima.

—Habla con la señora Vanders —dice—. Por favor —luego se da la vuelta y se dirige hacia las escaleras, dejando a Jane sola para frotarse el brazo y rumiar su resentimiento.

En cuanto Ivy desaparece, Ravi entra en el recibidor. Lleva dos piezas de pan tostado en una mano y un tazón de fruta en la otra.

Dándole una mordida a su pan tostado, trota por las escaleras oeste y cruza hacia el puente de Jane.

—¿El desayuno es demasiado sedentario para ti? —pregunta Jane sin ganas.

—Quería saludarte de nuevo —dice Ravi.

—Ravi —suelta Jane, dándole ligeramente la espalda—, ¿no estás con Lucy?

—A veces sí y a veces no —responde—. En este momento no.

—Oh —dice Jane, confundida porque esta información la alegra—. Lo siento.

—Bueno, para responder a tu pregunta, sí. Cada comida en esta casa es demasiado sedentaria para mí.



—Entonces —dice Jane—, eso significa que quieres mantenerte en movimiento.

Ravi suelta una risita y luego sorprende a Jane haciendo justo lo que ella sugiere. Ni siquiera se le acerca demasiado al pasar.

—Lamento decir que otra alma me espera esta mañana —dice mientras se aleja—. ¿Y tú? ¿Tienes algún interés en las múltiples realidades del universo? ¿O eres como mi gemela y te opones a la cosmología?

—¿De qué hablas?

—Ven conmigo —dice.

—¿A dónde? —pregunta Jane, pensando en parte en la señora Vanders, pero especialmente en esta pequeña y extraña interacción que parece estar teniendo con el hermano gemelo de Kiran y su atracción panóptica.

—Sabes lo que es la cosmología, ¿verdad? —le pregunta Ravi—. ¿El estudio del cosmos? ¿No la estarás confundiendo con la cosmetología? ¿La aplicación del maquillaje?

—Burro condescendiente —dice Jane, y luego agrega—: sin ofender a Eeyore.

Ravi se ríe discretamente mientras se aleja.

—Tú decides.

Jane lo observa moverse ágilmente por las escaleras. Se ha olvidado por completo de decirle que la señora Vanders lo está buscando.

—Oh —dice, planeando gritarle. Pero en ese momento, una niña entra corriendo por el recibidor debajo de ella. Esta casa es como la Terminal Grand Central.



Jane ha visto a esta niña antes: es la que estaba cavando en el jardín ayer bajo la lluvia. Cargando algo contra su pecho, va a una mesa lateral, hace algunas lilas a un lado y desliza la cosa hacia el espacio vacío. Jane no alcanza a ver bien, se interponen demasiadas varas de lilas.

A Jane casi le parece que esta niñita esperó hasta que las señoras de las lilas se fueran y luego se coló en el recibidor justo cuando no la verían. La niña sale corriendo de nuevo tomando el camino bajo Jane, que conduce al patio veneciano, ve a Jane allá arriba y se detiene de golpe. La mira con disgusto por un milisegundo antes de continuar, dejándola preguntándose si es profundamente irracional imaginarse que se ve como las fotos que aparecen en las noticias de la hija mayor de los Panzavecchia, Grace. La que desapareció de su escuela el mismo día que sus padres intentaron robar un banco. La de las fórmulas mnemotécnicas.

Ravi ya no está. La señora Vanders ya no está. Kiran ya no está y la niña se acaba de ir; solo queda Jasper, aun dando saltitos, meneándose y ocasionalmente lloriqueando en su descanso. Montones de ramas de lilas están tiradas sobre el suelo a cuadros debajo, como moras en un helado.

La casa de pronto está quieta, como si estuviera conteniendo la respiración.

Luego, los disparos de las botas de Kiran tocan los oídos de Jane una vez más y ella entra al recibidor.

Avanza hacia la pila de ramas de lilas en el suelo. Recoge una, le sacude el agua y luego vuelve a tirarla, aparentemente solo por molestar. Luego envuelve sus brazos alrededor de su



pecho, abrazándose a sí misma, presionando su barbilla contra su clavícula. No ve a Jane. La capacidad de Jane de ver a Kiran es una intrusión en el dolor personal de ella; Jane lo sabe. Aun así, se acerca, incapaz de detenerse. Quiere ayudar.

—¿Kiran?

La máscara de Kiran vuelve a su lugar. Eleva la vista hacia Jane.

—Oh —dice—. Hola, Janie.

—¿Estás bien?

—¿Por qué todos me preguntan eso? —dice—. ¿Parece que *no* estoy bien?

—Te ves un poco... perdida.

—¡Perdida! —dice Kiran—. Qué encantador. ¿Para qué vengo si la gente me acusa de estar perdida?

—¿Patrick ya te confesó algo?

El rostro de Kiran se llena de molestia.

—Olvidé que te había contado sobre eso. No. No ha dicho nada. Qué dulce que lo recuerdes.

—¿De qué crees que se trate?

—No lo sé —dice Kiran—, e intento que no me importe.

Las señoras de las lilas entran en grupo al recibidor con más floreros vacíos. Kiran les da la espalda para que no puedan ver su expresión.

—¿Alguna vez te sientes —le dice a Jane— como que estás atrapada en una versión equivocada de tu vida?

Esta extraordinaria pregunta deja helada a Jane. Se ha sentido así exactamente desde que la tía Magnolia murió y la versión equivocada de la vida de Jane la envolvió con fuerza,



se lanzó al agua, la arrastró hasta el fondo y la mantuvo ahí mientras se ahogaba.

—Sí —dice Jane.

—La gente dice que lo que te pasa es el resultado de las decisiones que tomas —continúa Kiran—, pero eso no es justo. La mitad del tiempo ni siquiera te das cuenta de que la elección que estás por tomar es importante.

—Es verdad —asiente Jane—. Mis padres murieron en un accidente aéreo cuando yo tenía un año. La mayor parte de las personas que iban en el lado izquierdo del avión vivieron y casi todos los del lado derecho murieron. Mis padres eligieron sus lugares en la derecha sin ninguna razón.

Kiran asiente.

—Octavian fue a una subasta de arte en Las Vegas pero su vuelo se retrasó. Llegó tan tarde que se perdió el desayuno, así que tomó un taxi y le dijo al chofer que le encontrara un restaurante en el desierto donde pudiera tomarse un Bloody Mary y comer huevos rodeado de cactáceas con flores. El chofer le dijo que lo olvidara y lo llevó al Bellagio, donde se perdió buscando el restaurante y se encontró con una señora que estaba dibujando bocetos de la disposición del casino. Le preguntó si estaba planeando un robo. Ella le dijo que se llamaba Charlotte, que era diseñadora de interiores e iba a rediseñar el casino. Ahora es mi madrastra. ¿Podría ser más fortuito?

—Por otro lado, sí *decidieron casarse*. Algunas cosas pasan porque las elegimos.

—Claro —dice Kiran—. Adelante, dilo. Yo he elegido ser desempleada e inútil.



—Kiran —dice Jane, recordando las palabras de Colin a Octavian—. No eres inútil. Simplemente no has encontrado tu camino. Bienvenida a mi mundo. Yo tampoco tengo un camino. Soy más deprimente que tú.

—No eres deprimente —replica Kiran—. Estás de duelo.

Kiran tiene una forma de decir las palabras que abre un rayo de luz entre la mierda. *Estoy en duelo. Es como mover mi voluntad entre melaza.*

—Ven a dar un paseo conmigo —dice Kiran— y te contaré el misterio de Charlotte.

Un calentador hace un sonido metálico desde alguna parte y el aire se mueve en el recibidor, susurrando una palabra que Jane no alcanza a comprender del todo. *Charlotte.*

Jane se restriega las orejas, intentando decidir. Claro que quiere saber más sobre Charlotte.

Pero también necesita preguntarle a la señora Vanders sobre su tía Magnolia, aunque no es como si enterarse de que su tía era mejor amiga de la señora Vanders fuera a devolver a la tía Magnolia. Jane sospecha que más allá de su prisa por saber, le espera un choque de frente con la decepción.

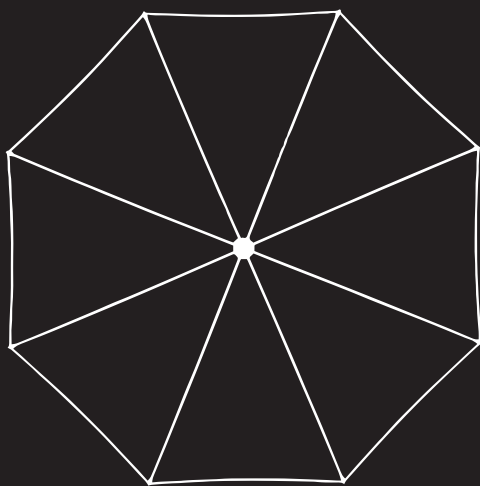
¿Quizás Jane debería seguir a la niña que se parece a Grace Panzavecchia que desapareció en las profundidades de la casa? ¿Qué tal si la niña realmente es Grace Panzavecchia? ¿Y qué tal si esa es la respuesta a lo de los Okada, Patrick y el arma?

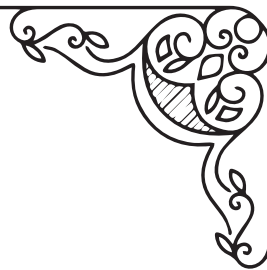
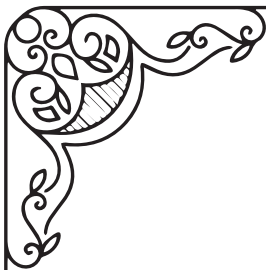
Claro que hay una parte de Jane que quiere seguir a Ravi adonde quiera que se haya ido; a decir verdad, adonde quiera que vaya. Ravi la hace sentir como si hubiera estado dormida y finalmente pudiera despertar.



¿Y qué pasa con el perro? Ese perro ridículo que está lloriqueando en el descanso del primer piso, observando a Jane con la expresión más trágica que se ha visto nunca en el rostro de un perro.







Suena un timbre en las profundidades de la casa, casi demasiado distante para escucharlo, pero dulce y claro, como una campana de viento. Parece que dice "Elige, elige".

¿La señora Vanders, la niñita, Kiran,
Ravi o Jasper?

El lado izquierdo del avión o el derecho.

¿Tía Magnolia?, piensa Jane. ¿A dónde debería ir?

